REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

Tomo XLIV | San José, Costa Rica | 1948 | Viernes 30 de Julio | No. 3

Año XXVIII — No. 1054

ADVENIMIENTO DE LUGONES

Por *Emilio SOTO*

(En *La Nación*. Buenos Aires, 22 de febrero de 1948).

EL HOMBRE

Cuando se estaba delante de Lugones se comprendía lo que quiere decir prestancia: suma de elegancia natural y de vigor disciplinado. Erguido, bien plantado, los músculos en tensión y en libertad al mismo tiempo, daba en los últimos años la sensación de que medio siglo de vida no había sido para él desgaste, sino progresivo pulimento. Era una madurez demorada que prometía una ancianidad de patriarca a lo Carducci. Tal su aplomo viril, cuyas canas ostentaban el brillo del acero pavonado.

Impresionaba en Lugones ese difícil equilibrio, esa armonía entre la salud del alma y la dicha rítmica del cuerpo. Y no se echaba de ver detrás al puritano que no bebe ni fuma y cuya vitalidad es el premio del hombre que renuncia al goce fácil de la vida. Acaso por puro gusto de contradecirse y de contradecir, Lugones desmentía la apariencia sensible del escritor de oficio: ninguna lividez de madrugadas perdidas había en su rostro rasurado como su prosa. Su porte estaba, pues, en desacuerdo con la acreditada y trasnochada efigie del poeta que campea en la portada de los *Parnasos* hispanoamericanos del siglo XIX. El sensualismo lo dejaba para la imaginación creadora aquel varón de costumbres sobrias, aquel ciudadano que se resistía a perder las virtudes clásicas del criollo.

Porque Lugones era un madrugador incorregible. Las musas no le visitaban entre gallos y media noche: él las citaba, les daba audiencia a primera hora del día. Algunas le abandonaron, irreductibles a su culto a la disciplina; de otras tuvo "el amor fiel". Diríase que sus desvelos noctámbulos terminaron una vez escrito *El lunario sentimental*. Luego entregó su fervor interpretativo al paisaje de la patria y a las deidades civiles. Con frecuencia alternó la túnica del poeta con la toga del preceptista literario entregado de lleno a las disputas del ágora, sobre todo en la última etapa de su vida. Ese magisterio lo obligó más de una vez a dejar el misterio poético de la postrer estrella por las primeras luces que saludan las dianas.

Lugones, adorador de las formas, mantuvo el cuerpo *en forma* con la perfección que define el dicho deportivo. Ahora, a los diez años de su muerte, nos consta que se preparaba para el encuentro supremo, resolución estoica que fué el desquite de sus antiguas tendencias paganas. Caminaba con la agilidad de un cadete —dijo Gerchunoff de él con doble acierto—. Difícil resulta afirmar si ese libre juego de la gracia física era más marcial que olímpico.

Inquieto y movedizo, a Lugones le urgía las manos y los pies una impaciencia sin descanso, un prurito de desplazamiento incontenible. Padecía una extraña fiebre de movimiento, pues mientras hablaba no podía permanecer en el mismo sitio. A cada rato cambiaba de lugar y de postura como le gustaba hacerlo en el orden de las ideas, pero en la viva unidad humana residía el "espectáculo magnífico", según lo definió Rubén Darío. Tal la fuerza deslumbradora de irradiación subjetiva que solía hacer olvidar la mudanza de convicciones. Conversando en la Biblioteca del Consejo se movía de aquí para allá, disparado por un automático impulso, semejante a un resorte, tal como si siguiera en la pedana de su hora diaria de esgrima. Y también departiendo se mantenía en guardia y entraba dialécticamente a fondo.

Accionaba con una arborescencia de ademanes digna de su extraordinaria facundia. Paladeaba golosamente la dicción, silabeaba con deleite moroso y sensual, pronunciando las palabras con ese chasquido de lengua de los buenos catadores. De un solo e infalible vistazo se hacía cargo del interlocutor con quien tenía que habérselas si le era desconocido; luego se replegaba en sí mismo, casi sin levantar la vista. No dialogaba, más bien dejaba hablar, dándole una pausa a su propio discurso, y de improviso caía con una réplica rasante. Objetaba con la misma cordialidad que ponía en su risa un tanto contenida, a pesar suyo.

Hacía lujo de campechanería y ausencia de fórmulas convencionales, sin caer en los excesos de la confianza. Alguien observó que Ingenieros le ponía a cualquiera las manos sobre el hombro, a los cinco minutos de conocerle. Lugones era incapaz de permitirse esos extremos. No de balde reverenciaba el sentido del caballero, histórica y socialmente. Pero sabía conciliar el respeto sin ceremonia con el afecto y aun la efusividad. Quien se acercaba a Lugones encontraba en seguida su ser auténtico en la doble vocación de la belleza y la amistad. La primer sorpresa del visitante era ver que él mismo salía a abrirle la puerta. Esta disposición para la acogida cálida, hizo que durante largo tiempo Lugones fuera familiarmente visitado por los escritores jóvenes, tanto del país como del extranjero. Era comedido hasta el punto de disimular las indiscreciones de los que iban a verle. Instantáneamente salvaba los momentos embarazosos con arte de prestidigitador. Cierta vez le presentamos a un escritor uruguayo que quería saludarlo. De pronto éste le preguntó a quemarropa quién había escrito primero los famosos sonetos: Lugones o Herrera y Reissig. Sobre ser una cuestión inoportuna, la agravaba todavía más el hecho de plantearla un compatriota de Herrera. Para sorpresa nuestra, la respuesta no se hizo esperar, aunque le hubiera bastado invocar el testimonio que Horacio Quiroga hizo público oportunamente sobre tan sonado pleito. Lugones, siempre sonriente, puntualizó con lujo de pormenores la verdad de lo ocurrido veintitantos años atrás. Y por supuesto, le dió a Herrera lo que era de Herrera y hasta se empequeñeció a sí mismo para halagar al "curioso impertinente". Quienes tuvieron el privilegio de tratar a Lugones recordarán siempre la cordial franqueza a la que acompañaba el guiño intencionado de sus ojos vivaces y escrutadores. El filo de la aguda inteligencia unido a su optimismo vital no sólo aceptaban el contrapunto y aun la pulseada polémica, sino que la estimulaban gozosamente, ofreciendo su experimentada destreza a los jóvenes que querían afilar los espolones dialécticos Ahora, al cumplirse el décimo aniversario de su muerte, evocamos, más fascinadores que nunca, el salto de agua de su charla, su fluencia incontenible y la masa fluvial de imágenes e ideas que arrastraba bajo el doble arco de sus gafas.



Leopoldo Lugones
(Dibujo de *Alejandro Sirio*).

Con una significativa insistencia se relacionó la desaparición de Leopoldo Lugones con la falta de acústica social que en el país venía encontrando su obra y aun su nombre. Unos le atribuyeron más y otros menos importancia; no pocos de los amigos y admiradores del poeta hablaron de su conciencia de postergado y la asociaron a su decisión postrera e irreparable. Un escritor de envergadura moral al uso hubiera facilitado la pista a los rastreadores, documentando su resentimiento y su protesta; Lugones se había impuesto el silencio por un inviolable decoro sentimental. Los labios de su herida interior no habían sido conformados para esa queja; estaban sellados por dos impulsos señeros que acusan bien el arisco carácter español: arrogancia y pudor para exhibir las lamentaciones de honda raigambre.

En última instancia, todos somos testigos de la realidad argentina anterior y posterior al año de su muerte — 1938— y de cuyas reservas no quiso seguir formando parte, no obstante su clamoroso nacionalismo. Veamos, pues, la trama político-social de este mismo ambiente hace cerca de medio siglo, cuando el autor de *Las montañas del oro* vino a sumar su aporte y cuando se perfilaba como la promesa de su generación.

PROFESION DE FE

Puede afirmarse que Lugones hace su presentación literaria en 1896. Arranca de la lectura de su poema *Profesión de fe*, que arrebata de entusiasmo a los oyentes del Ateneo, donde tiene lugar el acto, y desconcierta a los que después conocen esa pieza por la difusión de diarios y revistas. El nombre del nuevo poeta se graba en la memoria del público argentino para no borrarse más. No ocurre lo mismo con el apocalíptico doctrinario que despunta, el cual sufriría sucesivos eclipses. Porque Lugones consigue con ese inflamado poema lo que hasta entonces no se había visto entre nosotros: dotar al verso de un lenguaje nuevo y fundirlo con los ideales más estentóreos de la rebeldía social. Los anarquistas declaran suyo al recién venido y los amantes de la literatura por ella misma confiesan que el deslumbramiento verbal los seduce, pero no ocultan su aprensión. ¡Lástima que dispare su talento literario contra las instituciones! —murmuran infinidad de admiradores. Guillermo Valencia, el otro cantor de *Anarkos*, provocará una similar acogida con puntos suspensivos... Rubén Darío, siete años mayor que Lugones, le da el espaldarazo en el diario *El Tiempo*, de Vega Belgrano, sin disimular ni el júbilo ni tampoco la sorpresa. El autor de *Azul* y de *Prosas profanas* le dedicaba sus mejores rimas a pajes, marquesas y trianones; evocaba a un mundo de frivolidad y fantasmagoría que carecía de eco a fines de siglo, cuyo interés por las reivindicaciones sociales iba en aumento. Lugones, por el contrario, se ponía a tono con el sentir y con las inquietudes de la época, prestándoles la fascinación de su verbo sonoro. Ambos elementos, al parecer inconciliables, se fusionaban por obra y gracia del poeta cordobés. El arte y la cuestión social marchaban juntos, eran dos consonantes en acción, no como en las canciones callejeras de Béranger, sino unidos por el brazalete de la poesía culta. Ostentaban el sello del modernismo, entonces en su cuarto creciente; traducían las vibraciones de la más reciente sensibilidad literaria. Si por empleo de los recursos técnicos Lugones era tributario de Rubén Darío, descendía por otro lado de un Richepin y acaso de un Francois Coppée, ambos bardos y jacobinos.

BUENOS AIRES 1900

Dos sectores de opinión predominaban en el Buenos Aires finisecular: el social y el político, el doctrinario y el electoralista. Al pensamiento que reflejaba las preocupaciones de Europa se oponía la actividad pública de campanario, vale decir, las pequeñas ambiciones localistas de la que acababa de ser la *gran aldea*.

Los vientos del mundo orientaron pronto a Lugones, mocetón de veintidós años en disponibilidad. Su pecho estaba abierto a las corrientes universales, aunque era escenario tumultuoso de fuerzas en pugna: sentimientos generosos de fraternidad y espíritu de revuelta. Ni él sabía dónde terminaba el amor a la justicia y dónde empezaba el prurito juvenil de apagar faroles. La época, el medio y la edad explicaban el estado de ánimo de los adolescentes de entonces, presa de alguna inquietud. Poner a prueba sus bríos equivalía a dar la medida de la personalidad. Muchos alardes de guapeza se vieron antes, durante y después de la organización nacional, pero eran desplantes sin trascendencia para la cultura. El mismo genio combativo que traduce el *Facundo* de Sarmiento es ocasional y está al servicio de la política grande. Cuando menos, la intención de su autor no fué redondear una obra de pura creación literaria. Lugones, hombre de tierra adentro, viene a la conquista de Buenos Aires, y la impaciencia levantisca hierve en sus venas. En él el culto al coraje será un atrevimiento de metáforas y no cuajará en fórmulas electorales, sino en programas literarios y en combinaciones métricas. Ha llegado tarde para ser caudillo supremo, pese a que le sobra pasta. Rubén Darío, que confiesa llevar sangre de indio chorotega, es desde el año 1893 el cónsul de Colombia en la Argentina y en toda Hispanoamérica el embajador de un imperio imaginario, mitad versallesco, mitad aborigen. Ese extraño lenguaje de refinamiento en boca de un hijo del Nuevo Mundo lo hubiera entendido bien Maximiliano, quien añoraba las cortes de Viena en el país de los aztecas.

Lugones rondará sin descanso la poesía, el ensayo, el cuento; merodeará dominios tan diversos como la filología y las matemáticas, la pedagogía, el helenismo médico, el ocultismo y otras ramas del saber. Ni la universalidad de sus inquietudes de estudioso ni la abrumadora capacidad de trabajo ni el renovado y tenaz empuje de sus esfuerzos, nada le depara el primer puesto que ambiciona.

Encarna con pasión de escritor la rebeldía que en nuestra historia llena el capítulo de las guerras civiles, la cual, en el gaucho, es corajudo alzamiento contra la partida y en el ciudadano decisión bravía para ganar los atrios electorales. Darío comprende ese estado de ánimo, pero se hace a un lado cuando el 1º de mayo de 1897 desfila la primera manifestación obrera. Darío limita su voluntad de desacato a la literatura y se levanta contra la Academia; Lugones se rebela, además, contra las instituciones vigentes. Darío desprecia y ridiculiza al burgués desde el punto de vista restrictivo de Flaubert, en la medida que burgués y artista se repelen en sus gustos; Lugones habla de reivindicaciones sociales y execra al burgués, no sólo como filisteo, en la acepción de Nietzsche, esto es, enemigo de la cultura, sino también como enemigo del obrero y del desheredado. En ese momento de la evolución inicial del modernismo, éste pierde o por lo menos equilibra su calidad estética

---

EVOCACION ESPECTRAL DE YOLINKA

(*Envío del autor*. Cuenca, Ecuador, junio de 1948).

Ven, Yolinka, pequeña y bonita.
He de verte llegar sin asombro
Con tu aroma de niña salvaje,
Con tus botas de goma en la lluvia
Y las trenzas doradas al hombro.
Ven, Yolinka, pequeña y bonita.
Tu cabello es de miel; y en tus ojos
Se confunden las aguas rompientes
Con la antártica noche de tu isla
Y el metal de la luz estelar.
Ven, Yolinka, pequeña y bonita.
Te veré sonreír cuando me hables
De tu playa con flores de espuma
Y del lobo de mar que al oído
Te dejó sus canciones de bruma.
Ven, Yolinka. Ven, cuéntame un cuento
De tu Chile del Sur, de tu bella
Población de casitas menudas
Con jardines donde hay madreselvas;
De sus calles alegres que escoltan
Arbolillos de breve silueta,
De su plaza rodeada de tilos,
De su brisa y su luna coqueta.
Ven, Yolinka, ven cuéntame un cuento
En que me hables de bosques que sueñan
Bajo el ámbar de otoño; de un río
De aguas verdes, muy verdes que cruzan
Raudamente los blancos veleros.
O hazme un cuento con mar y con bruma
Donde siempre zozobren los barcos.
O una historia que tenga copihues,
Y unos lagos que al cielo bostezan,
Y unos cerros de fino cobalto.
Ven, Yolinka, ven cuéntame un cuento
Del Tirol, en que tengas tu casa
Hecha toda en el tronco de un árbol.
O hazme un cuento oriental: un relato
Japonés, con cerezos floridos,
Con jarrones de jade,
Con bambúes en torno, y palmeras
Que hagan tribu a la orilla del mar...

*

Ven Yolinka: hablaremos.
Te veré sonreír a mi lado.
Ven, Yolinka. Los dos beberemos
Una copa de ron bien amargo
Por tu abuelo marino; por esa
Región tuya de bosques y lagos;
Por el ámbar de otoño, y el río
Con veleros menudos y blancos;
Por tus crenchas de miel; por tus ojos
Donde se unen las aguas rompientes
Con la antártica noche de tu isla
Y el metal de la luz estelar;
Por los barcos que siempre zozobran;
Por tus rojos copihues silvestres,
Por tus lagos que al cielo bostezan,
Por el jade, el bambú y la palmera
Que hacen tribu a la orilla del mar.
Beberemos, Yolinka,
Por tu playa con flores de espuma;
Por el lobo de mar que al oído
Te dejó sus canciones de bruma...

*

¿Que no vienes, Yolinka? ¿Que callas?
¿Que te ocultas y quieres llorar?
¿Que tu voz se apagó? ¿Que tu risa
Ya no trae cristal? ¿Que no llevas
—Como entonces— tus botas de goma
Ni las trenzas doradas al hombro
Ni en tus ojos la lumbre del mar?
Ven, Yolinka. La vida es amarga
Como el ron que te ofrezco y salobre
Como el agua del mar. Ven, Yolinka,
Bebe el ron. Y empecemos a hablar...

César ANDRADE y CORDERO.

con las virtudes utilitarias que exige el arte de propaganda. Flexibilidad del verso, colocación de acentos y demás innovaciones técnicas: he ahí lo que es, en sustancia, el magisterio de Darío, quien, en el año 1898, estaba preparando su libro *Los raros*. De veinte siluetas y retratos de escritores famosos se compondrá dicho volumen, de los cuales ninguno interpreta con exactitud en ese instante el ideal completo de Lugones. Y bien, nuestro poeta pondrá el formalismo modernista, introducido acá por Darío, al servicio de las luchas sociales.

LA VOZ CONTRA LA ROCA

Téngase en cuenta que la cuestión obrera sólo a fines del siglo comienza a agitarse en nuestra capital. Data de entonces la aparición del primer partido orgánico, de la prensa doctrinaria, de las organizaciones gremiales de los "líders". Después se irá multiplicando el tema literario extraído de la vida de las masas trabajadoras, pero lo cierto es que en la última década del siglo XIX se plantean acá por primera vez sus verdaderos problemas. Se dirá que la estructura científica de éstos era ajena al interés de Lugones, emotivo y artista por excelencia, capaz sólo de exaltar los elementos épicos del proselitismo y no el proselitismo en su acción partidaria y práctica. Sin duda fué así, pero es innegable que Lugones, sensible a ultranza a todo lo nuevo, aprovechó la novedad del obrerismo en este país y le dió el realce de la expresión modernista. A él y sólo a él le pertenece la prioridad de esa variante en lengua castellana.

Dueño de tantos medios expresivos como Darío podía poseer entonces, Lugones se emancipa de su tutela y le da ruidoso escape libre a su personalidad. Para rodeo de imágenes aparte y les impone marcha propia: opta por las crines rudas y rechaza las pelucas dieciochescas que canta el poeta nicaragüense. Este último confesará más tarde en el prólogo de *Cantos de vida y esperanza*: "Yo no soy un poeta para muchedumbres; pero sé que indefectiblemente tengo que ir a ellas". Y agrega: "Si en estos cantos hay política, es porque aparece universal". Lugones, por su parte, no buscará el favor de las multitudes aunque su sentimiento de justicia colectiva lo aproximará al pueblo; en cambio, se sentirá alejado siempre de la política.

Muchos ingredientes psicológicos entran en esa actitud de Lugones, libertario orgánico, por decirlo así, uniendo conceptos que se oponen. Primero el incipiente socialismo argentino lo cuenta entre sus filas. Pronto deberá abandonarlas a causa de una falta de disciplina en que incurre el que lustros después exaltará la disciplina a porfía y hablará del "dogma de la obediencia". El conflicto con el partido viene porque Lugones le dedica un inesperado elogio a un huésped real de la Argentina, el Príncipe de los Abruzos.

Además Lugones necesitaba el individualismo de dos en compañía... Su estrepitosa iniciación pública aumentaría los redobles y promovería mayor escándalo en la apacible y un tanto espantadiza Buenos Aires de comienzos de siglo. El compinche ideal, el joven dotado de inquietudes revolucionarias, de sensibilidad y de audacia, el francotirador de medida lo encontró en José Ingenieros, director del diario *La Montaña*. Algún joven plutarco de la Atenas del Plata hubiera podido ver en ellos dos vidas paralelas, durante un tiempo por lo menos.

POESIA Y FERVOR CIVICO

Hasta aquí tratamos de filiar la rebeldía de Lugones, descomponerla en sus elementos psicológicos y ambientales y luego seguirla a través de dos fases: su posición en segundo término dentro del movimiento modernista encabezado por Darío y su desplazamiento hacia los ideales de justicia social. Sin duda Lugones aspiraba a imponer el cuño de la propia personalidad, imprimiendo al modernismo esa dirección cuyo impulso había recibido de Almafuerte, aunque desprovisto de la conciencia artística a la que él tendía. El modernismo en el designio de Darío y de Freyre, sólo ambicionaba liberar la lírica española de influencias europeas harto rezagadas: seudoclásicas y románticas. Nada más. Lo incuestionable es que sobre Lugones gravitaba un signo de su tiempo: un vago revolucionarismo, más estridencia verbal que otra cosa. Gracias a ese escozor de insurrecto, Lugones, que descendía de un guerrero de la Independencia, se encontraba espiritualmente junto a Ingenieros, de ascendencia italiana, hijo de un inmigrante. Así mientras la cortedad provinciana de su traje cordobés olía a incienso, su camarada el practicante de la medicina ostentaba un dandismo con secretos tufos de masonería y ribetes de una arrogancia detonante.

Nada ni nadie escapa al torbellino de la política de aquel Buenos Aires que empieza a sentirse cosmópolis. El despertar cívico suscitado por la bancarrota del 90 apasionaba a la juventud. Los que en la víspera de la caída de Juárez Celman lo habían adulado más, los palaciegos que le habían regalado terrenos para especular impunes con el agio, después se ensañaban exigiéndole cuentas de la ruina financiera. Diríase que Lugones con "Las montañas de oro" (1896) hubiera querido rehabilitar a su comproviciano en desgracia. Disensiones partidarias, cubileteo de candidaturas, interpelaciones, los preparativos de la reelección de Roca, sin omitir los debates en torno al problema de los límites con Chile, todo eso absorbe la atención pública. La nación entera se afana por recobrarse después de la crisis moral y material que conmovió los cimientos. Prosperidad, progreso, crédito, he aquí las palabras mágicas. En las fiestas del gran mundo se presentan en sociedad dos agentes del capital extranjero que tienden líneas en busca de monopolios. Por otro lado, triunfan los prohombres que Groussac luego conmemorará en el libro *Los que pasaban* y Joaquín de Vedia en la serie *Así los vi yo*.

Lugones tiene que abrirse paso en tales circunstancias tan poco propicias para la literatura. Es un joven provinciano que ha bajado de Córdoba sin otra singularidad que la de no ser siquiera doctor. Su camarada y amigo Roberto J. Payró, sintetizará más tarde el destino común: "En nuestro país, el que no tiene un título, está obligado a pasarse toda la vida dando examen". Algunos de los hombres influyentes incluso aman las bellas letras, aunque casi siempre llevan en sus gustos el atraso de una generación y se dan el lujo de proteger a los escritores que decoran sus antesalas. Hasta entonces ser intelectual era cumplir el período de recluta que precedía y facilitaba la consagración política. Era, pues, inconcebible el escritor a secas y, sobre todo, el que resistía el sirenismo del poder. No se diga ahora el que desafiaba los caprichos del gobernante, el que censuraba sus actos, el que a la acusación añadía la sátira. A ese tipo inusitado pertenecía Leopoldo Lugones, quien a fines del siglo no sólo se caracterizaba por tal alarde de independencia mental, sino por la expresión de nuevo cuño. Carlos Romagosa en la carta de presentación que le había dado a Lugones para Mariano de Vedia ya hacía resaltar la vehemencia de sus arremetidas. Descubre ecos del hirsuto Almafuerte que era el dialecto local del victorhuguismo. La verdad es que su anatema traía un "estremecimiento nuevo" al par que se apoyaba en conceptos apenas difundidos en aquel medio literario. Lugones blandía su verbo incandescente en nombre del humanitarismo, de la redención social y de la lucha contra los privilegios. Y, por añadidura, lanzaba sus apóstrofes en prosa y verso con el irresistible prestigio que para los gustos finiseculares asumía el "modernismo". Al lado de *La marcha de las banderas*, verbo de vituperio al rojo, circulaba el soneto al señor Intendente, punta seca donde la caricatura raya en el sarcasmo.

VOLUNTAD Y DESTINO

Hemos querido ceñirnos aquí a evocar sólo el momento en que Leopoldo Lugones

irrumpe en el escenario de nuestras letras. Ulteriores problemas y circunstancias histórico-sociales aguzarán su conflicto temperamental, pero las líneas dominantes no hacen otra cosa que proyectarse. Arrancan en rigor de aquel primer forcejeo agónico consigo mismo en el que no se dió tregua, y simultáneamente, de lucha con el medio y aun con los propios compromisos proselitistas que sus conquistas le deparaban. El péndulo de sus pronunciamientos osciló entre furiosas antinomias sin avenirse a armonizar los opuestos: individualismo u orden, derecho o deber, progreso o disciplina, en suma, libertad o autoridad. Lugones —serrano— sentía una pasión excluyente por el aislamiento de las cimas, así en la naturaleza como en el paisaje de la cultura, aun cuando los picos se unen por la base. En las *Odas seculares* dió la clave de su andinismo ideológico y espiritual: "Yo que soy montañés sé lo que vale la amistad de la piedra para el alma", lo que complementa una de las imprecaciones que restallan en la oración pronunciada en el funeral cívico de Zolá (1902): "Abájate monte y te pisotearán las cabras; acrece tu altura y te envolverá la nieve..." Antes en el poema "La voz contra la roca", que le valió el saludo propiciatorio de Groussac (1896), había escrito: "Los arrabales del cielo son las cumbres".

Durante un cuarto de siglo el sociólogo repentista e intuitivo se había venido trepando en Lugones hasta los hombros del vate, si bien sólo después de la primera guerra mundial se vió claro que el teorizante tras de acaparar el puesto de vigía, amenazaba con usurpar la voz e incluso absorber el núcleo más profundo de su personalidad: el poeta. Por fortuna, el autor de *Odas seculares* ya había publicado *El Imperio jesuítico*, *La guerra gaucha*, *El Payador*, *Lunario sentimental*, *Poemas solariegos*, vale decir, casi todas sus obras mayores. No deja de ser significativo que las haya concebido y realizado durante la vigencia de su fe en la libertad y en los ideales del pueblo de Mayo que exaltó en la oda *A la Patria*, su ciclo más fecundo, dicho sea de paso. De ahí que el canto que es el mensaje perdurable de Lugones, haya salido ileso del amago cainita ultimado por el teorizante. Diez años después de su trágico enmudecimiento, esas lucubraciones doctrinarias no solicitan nuestro interés; en cambio, releemos con renovado placer *El dorador*, *Salmo pluvial*, o cualquiera de los *Romances del Río Seco*, tan henchidos de sugestión de vida, de tierra y de cielo nativos.

Hace cincuenta años Lugones despierta del sueño de los sentidos, descubre el imperativo de la dignidad humana y social, observa a su alrededor y mide sus relaciones con la sociedad y el Estado. Casi con las mismas palabras Schiller plantea esta encrucijada de la doble vocación en una de sus cartas y apunta la salida: "...para resolver en la experiencia el problema político, precisa tomar el camino de lo estético, porque a la libertad se llega por la belleza". Estas dos aspiraciones, lejos de excluirse, se potencian recíprocamente en la obra de Schiller, cuya voluntad —según observa Dilthey— también imprimía a su imaginación "la tendencia hacia lo antagónico". Igualmente Víctor Hugo, ídolo del autor de *Las montañas del oro*, Carducci, Guerra Junqueiro y otros poetas de acento civil le ofrecían el itinerario de su militancia sin crueles renunciamientos. Más que ellos acaso gravitó sobre el Lugones de las conferencias de 1923

el espejismo intervencionista de su contemporáneo D'Annunzio, que fué coronado con pompa cesárea después de la aventura de Fiume. Sin embargo, so era indispensable el paradigma forastero para que nuestro insigne poeta integrara su visión con la del doctrinario, ensamblados ambos dentro de una consecuente unidad de espíritu. Quien había probado la garra en la inconmovible *Historia de Sarmiento* no tenía más que volver los ojos a Esteban Echeverría. La fidelidad a la tradición de Mayo —congruencia de poesía, pensamiento y programa de civismo a larga distancia— conduce al propio tiempo a encontrar una salida a la encrucijada, acorde con la fórmula de Schiller. Y quizás a evitar, lo que es más importante, las soluciones desesperadas que en una noble conciencia dictan los antagonismos no con los demás, sino con el propio pasado.

La voluntad y el destino libraron en el espíritu de Lugones una dramática batalla cuyo último secreto acatamos reverentemente. Sin duda de esa pugna entre el eslabón y el pedernal ha surgido su portentosa obra de poeta y de artista, la zarza ardiente de sus meditaciones de patriota, su ahinco de obrero de la inteligencia, sus laboriosas vigilias sin orillas en la alta noche, en fin, su conducta de hombre cabal que se da íntegro así en sus aciertos como en sus sinceros errores. El mismo lo confesó en versos memorables:

Si amas la vida y sabes merecerla
hasta hermosear tu propia desventura,
tal así como afina el mar la perla
que engendró en la inquietud y la amargura.

De tal modo, Lugones se entregó a la búsqueda de un orden severo de vida individual y colectivo. Podía haber hecho suya la confidencia que Hugo dejó caer en el prólogo de *Las contemplaciones*: "comenzar en la multitud y terminar en la soledad". Con la intransigencia de sus días iniciales, se mantuvo inconforme con los sofismas de los locatarios del octavo círculo dantesco: embaucadores, aduladores, fraudulentos, etcétera. Intimamente insumiso, ni le pidió ni le aceptó halagos al mundo burgués. A éste, naturalmente, le era imposible negar a Lugones; en cambio, era eficaz condenarlo a un segundo término perpetuo, relegar su personalidad de aristas bien acusadas, restarle significación en el orden de las "fuerzas vivas" del país. Esa conciencia de postergado tal vez ha ido acumulándose como una bola de nieve y sin duda contribuyó a amasar el hielo de la muerte. En vano muchos creyeron haberse ganado a Lugones a su causa después del cambio de profesión de fe. El poeta permaneció abrupto como un acantilado sobre el mar, díscolo, inabordable a la lisonja de los satisfechos de la vida. Estos no comprendían el desgarramiento de sus confesiones:

Y el bocado de pan
que como sin amargura ni afán.
Y el ochavo de luna
que preferí a la fortuna.

Junta Interoriana

(*Envío del autor*, en la ciudad de Panamá).

Agapito Aguirre se levanta hoy, como de lostumbre, al rayar el Alba y ensilla su caballo moro para trasladarse en él a su Campo de trabajo de La Picadura, en donde desde hace largo tiempo ha levantado un rancho y se dedica afanosamente a cultivar unas cuantas parcelas de tierra y sembrar en ellas maíz, arroz, frijoles, plátanos, ñames, yucas, otoes y algunas otras plantas alimenticias que arraigan en nuestro suelo; tiene allí también una pequeñas crías de cerdos y de gallinas, las cuales son de mucha utilidad, pues las carnes, huevos y pollos tiernos que ellas dan se venden fácilmente a buen precio en el Mercado del pueblo en donde él ha fijado su residencia; su familia, compuesta por su mujer Anastasia, sus dos hijos Pantaleón y José y su pequeña Eduviges, constituye para Agapito Aguirre el más valioso tesoro y por eso le consagra gustoso sus desvelos y poderosas energías y se siente feliz cuando, tras el rudo batallar diario, retorna cansado a su humilde hogar en compañía de sus hijos y abraza efusivamente a su virtuosa mujer y a su graciosa hijita.

Modesta y apaciblemente se desliza la vida de ese valeroso y sufrido campesino que, al igual de otros seres más felices que él, teje en sus momentos de placidez y reposo la urdimbre mágica de sus ensueños de prosperidad y ventura; no es de extrañar, pues, que —en un luminoso amanecer— cuando la Vida pujante y soberbia entona un Himno de amor y de belleza en nuestros fértiles Campos y Natura se engalana con sus preciados dones, el alma noble y sencilla del esforzado labrador istmeño vibre de contento y se sienta hondamente emocionada al creer ver próximos a convertirse en dulces realidades sus dorados sueños de amor paternal, que consisten en poder en breve brindar a su familia, mediante su trabajo constante y honrado, cierta comodidad personal y proporcionar, además, una educación esmerada al último siquiera de sus queridos vástagos.

Son los nobles proyectos que acaricia Agapito Aguirre, mientras se dirige a su Huerta de trabajo en unión de sus dos hijos mayores.

Entre tanto, el Destino inexorable, que señala impasible la suerte propicia o adversa de los mortales del Mundo, urde en la sombra

los más siniestros designios en contra de la existencia y tranquilidad de ese buen padre de familia.

Días después de lo narrado anteriormente en estas páginas, Agapito Aguirre acuerda efectuar en su predio un gran desmonte para hacer su siembra anual; como carece del dinero suficiente para pagar los peones, recurre al sistema establecido por los agricultores pobres de nuestros pueblos del Interior de la República que hacen sus trabajos por medio de *Juntas* y, al efecto, solicita en calidad de préstamo la ayuda de cierto número de peones entre sus convecinos; de ese modo arregla y dispone que la mencionada *Junta* se efectúe el 24 de marzo, día de su onomástico. La señora Anastasia acata lo dispuesto por su marido y se preocupa por tener en la casa todo debidamente arreglado y anda continuamente de aquí para allá en sus arduas ocupaciones domésticas; como la fecha de la *Junta* está ya cercana, dispone pilar una buena cantidad de maíz para hacer con él los bollos, las tortillas y la sabrosa chicha-fuerte que ha de dársele a la peonada durante las horas del intenso trabajo del desmonte; Agapito escoge de entre sus cerdos el más hermoso y gordo y lo tiene listo para sacrificarlo ese día, pues su interés es de que todos los que asistan a su *Junta* coman y beban bien y queden así completamente satisfechos; mientras tanto, sus dos hijos traen del Monte víveres, gallinas, huevos y verduras y acarrean para el rancho la leña y el agua que han de necesitar en esos menesteres.

El 24 de marzo llega, al fin, y la familia Aguirre en pleno se traslada la víspera de ese día al Monte, llevando consigo los enseres de cocina y provisiones que han sido anteriormente preparadas para atender a la alimentación de la gente; Agapito y sus dos hijos reciben y atienden cariñosamente a los peones, a medida que éstos llegan al rancho y les facilitan las piedras de amolar para que en ellas afilen sus hachas, machetes y "mochas"; cuando los peones están todos en la Finca, la señora Anastasia pregunta a su marido si ya puede servir a los mozos el chicheme y lo demás del desayuno, y éste responde afirmativamente y le imparte, en voz baja, algunas otras instrucciones; después del refrigerio de la mañana comienza el desfile de los trabajadores hacia el lugar del desmonte y entonces se percibe una algarabía de voces, risas, bromas y alegres cantos; el alma ingenua y pura de esos sanos labriegos rebosa ahora de júbilo y marchan por eso dispuestos a cumplir con sus deberes y a vencer, tras de ímprobos esfuerzos, a la abrupta y enmarañada Montaña; Agapito y sus hijos Pantaleón y José, son los primeros en comenzar el desmonte; el padre, no obstante su avanzada edad, es todavía un hábil y recio trabajador y muchos de sus amigos, contemporáneos de él, admiran y reconocen su destreza y valentía; el trabajo prosigue tenazmente durante todo el día y los árboles centenarios caen derribados con estrépito por las hachas y los machetes inclementes de los fornidos junteros; al promediar el día, la faena está ya casi concluída y Agapito, complacido por ello, concede a sus peones un respiro y les distribuye chicha-fuerte en abundancia; ese corto descanso y la bebida fermentada que liban, infunden a la Cuadrilla de braceros nuevos bríos y entusiasmos y entonces todos, como un enorme Alud, se precipitan a dominar de una sola vez al imponente Bosque; esa furiosa acometida es fatal para Agapito Aguirre pues al echar a tierra un gigantesco árbol que manteníase en pie, como el Titán legendario de los silentes Montes, una de sus grandes ramas, a manera de un largo y robusto brazo, se le viene encima y le aprisiona y aplasta inmisericordemente; la consternación y el terror se apoderan de los ánimos de las personas que presencian ese macabro acontecimiento y, debido a ello, transcurren varios minutos sin que nadie pueda dar señales de vida y proceda a prestar auxilios al pobre accidentado; al reaccionar algunos de los allí presentes, se lanzan precedidos por los hijos de Agapito y logran sacar de debajo de la gruesa rama del árbol nefasto el cuerpo horriblemente destrozado y exánime del desventurado Agapito Aguirre; el cadáver es conducido, luego, en unas parihuelas al rancho y recibido por los familiares del extinto con sentidas manifestaciones de dolor.

Y finaliza así trágicamente esa alegre *Junta* interiorana, con la cual pensó un laborioso y abnegado Agricultor panameño contribuir al sustento y bienestar de su numerosa familia.

MAX JIMÉNEZ COMO PINTOR

(En el *Rep. Amer.*)

Tuve el honor y el privilegio de haber sido uno de los amigos de Max Jiménez y al abrirse hoy la exposición de sus cuadros, siento que continúa él viviendo entre nosotros, no sólo por su recuerdo, sino sencillamente porque supo infundir a sus obras pintadas, esculpidas o escritas, la misma intensidad de vida con que lo vimos manifestarse cuando personalmente estuvimos en su contacto.

Fué una existencia dedicada completamente al arte; la obra que hoy se exhibe en este salón que lleva su nombre, así lo testimonia.

Como aquellos pintores del Renacimiento que Max tanto admiraba, buscó infatigablemente todos los secretos del oficio, como si quisiera verter en las más antiguas vasijas el ardor de un licor nuevo.

Sintió la atracción física del oficio y tuvo consciencia, como sólo en las grandes épocas de la pintura se ha tenido, de *la importancia del dibujo en la formación del escultor y del artista.* Como Hokusar, Ingres o Durero, bastaría con saber que los dibujos que aquí se exhiben constituyen solamente una pequeña parte de su producción.

Seguramente casi todos ustedes, los que hoy rinden homenaje a este gran artista que se llamó Max Jiménez, han oído hablar o han conocido su personalidad, contradictoria, múltiple y generosa: viajó mucho, vivió, hizo escultura, escribió libros y en sus últimos años, un poco sombríos tal vez por el presentimiento de su muerte, dió forma a su experiencia acumulada en una serie de aforismos que gracias a la inteligente intervención de su esposa, la señora Clemencia de Jiménez, aparecerán publicados este mismo año en Chile. A ella debemos agradecerle también la magnífica oportunidad que nos brinda de poder contemplar aquí reunida casi toda la obra del artista.

Max Jiménez fué y sigue siendo, discutido, lo que significa que su arte continúa interesando. Tuvo una manera violenta y definitiva de decir las cosas; alguien precisamente por eso le llamó un primitivo, a lo que respondió: "Soy un salvaje que gusta de la compañía de las gentes más civilizadas". Así era también Max Jiménez cuando pintaba o escribía, tierno y violento a la vez; el mismo caudal de voz con que recitaba sus poemas, las mismas extraordinarias dimensiones de su cuerpo y de su espíritu.

Max Jiménez deforma, tiene esa maravillosa capacidad de alejarse de la visión de la cámara fotográfica; deforma porque pone pasión en sus pinceles y en su línea. También los escultores románicos, el Greco y Miguel Angel, hicieron sus figuras más poderosas y gigantescas, o más frágiles e increíbles que la humanidad terrena que los circundaba, porque el arte, más que en la naturaleza, está en el hombre que contempla y expresa. Ya el crítico cubano Gómez Sicre hizo notar que las figuras de Max Jiménez "pertenecen a un mundo preadánico"; es como si nosotros creáramos con nuestra imaginación mujeres anteriores a las edades históricas, que repitieran el símbolo de la fecundidad y de la tierra, pero mujeres también que llevan en la desolación de su gesto la huella de las pasiones contemporáneas.

Max Jiménez fué un escultor, su pintura nos lo está diciendo, por el énfasis que pone en todo lo que es forma y volumen, modela con el color, acariciando con los pinceles, como él mismo decía, y haciendo que su pintura por la plenitud de sus formas, se vuelva más inteligible al dirigirse como la escultura, al mismo tiempo a la vista y al tacto.

No necesitaríamos haber leído *Revenar* y *El jaúl* para saber que Max Jiménez era un poeta; bastaría ojear sus cuadros como un libro, para encontrar en las actitudes y en los gestos y en el color, sobre todo, una lírica entonación.

Generalmente se manifiesta Max en su pintura como un poeta dramático que para expresar las cosas que lo conmueven y que son su experiencia real o imaginada, se vale del cuerpo de las mujeres y de los hombres, combinándolos con el vocabulario de la naturaleza más sencillo, el tronco de un árbol, una piedra, una planta y sobre todo el mar, presente siempre en sus metáforas y en sus cuadros.

Max Jiménez vivió siempre a la orilla del mar, el mar de Chile, el de La Habana y el mar de su infancia y sus últimos años, el mar de Puntarenas, que le dictó muchos de sus mejores poemas y que fué en su obra una obsesión y una evocación constantes.

Podría decir que no fué solamente el mar, el mar y el cielo; me imagino que Max buscaba la simplificación y que no quería usar muchas palabras para designar una cosa, sino la exacta y necesaria, haya encontrado en estos dos elementos eternos, el telón de fondo de su drama y de su poesía. No pintó el mar y el cielo estudiándolo científicamente, pincel en mano, como los profesionales pintores de marinas, sino que lo absorbió coditianamente y se lo llevó en su corazón como en un caracol.

A veces resuena en el fondo de sus cuadros hecho de metal y de barro oscuro, a veces es una línea blanca y sonora, pero es sobre todo como tiene que ser admitido en su pintura, como composición; son las líneas horizontales que contrastan con las figuras que se yerguen o se desplazan dinámicamente o son las líneas horizontales, hermanas geométricas de los cuerpos de sus mujeres cuando se tienden sobre la arena, no como simples bañistas regocijadas sino como penas que toman forma de mujer y tal vez, sea este uno de los tantos secretos de la pintura: el que un pedazo de mar, el más simple, el más puro y hasta podríamos decir, el más infantil, encierra una emoción más verdadera que el mar de las fotografías y de los balnearios.

En el transcurso de esta conversación me he referido a Max Jiménez, exaltando su sentido del oficio, su preocupación constante del dibujo, su deformación expresiva, su personalidad de escultor y de poeta haciéndola sentir en su pintura y también a la obsesión del mar como símbolo de su pensamiento y su poesía. Para terminar, quiero hacer una breve consideración sobre uno de los elementos más importantes de su obra, el color.

Hay pintores para quienes la naturaleza objetiva tiene una gran importancia, poseen una retina privilegiada para captar las más fugitivas transiciones del color y parece que su inteligencia más que en su cerebro estuviera en sus ojos. Claudio Monet, pintó varias veces la Catedral de Rouen sin importarle el objeto en sí, sino la luz con que se vestía la piedra bajo el claro de luna, el mediodía o el poniente.

Hay otros pintores para quienes la naturaleza es un pretexto para usar la imaginación, como en el caso del pintor Max Jiménez, quien la ve a través de su exaltación, reflejando un espíritu generalmente atormentado.

El colorista no es el que usa los colores más vivos ni la mayor variedad, sino el que con un sentido de la economía, saca el mayor provecho de los que emplea.

El color adquiere su sentido cuando está al servicio de la expresión como uno de los elementos que integran el cuadro, creando, como en el caso de Max, una atmósfera musical de poesía y de misterio; porque sus telas pertenecen a un mundo que él creó y hoy habitamos nosotros con nuestra imaginación.

Max Jiménez tuvo la osadía de crear su propio mundo con el delicado instrumento de sus pinceles, mundo que no aceptan algunos dentro de su criterio de arte y en el que otros hallan una fascinación particular. En todo caso, hay que reconocer en el artista su gran impulso creador y su capacidad de trabajo. Cabe decir perfectamente de él lo que el poeta Walt Whitman dijo de su amigo el pintor Eakins: "Puede no gustar, pero tenemos que reconocer que es una fuerza".

Francisco AMIGHETTI.

San José, Costa Rica, julio 7 de 1948.

NUESTRA AMÉRICA

(*Envío del autor*, en México, D. F., junio 1948).

CUARTO CENTENARIO

En 1951 cumplirá cuatro siglos de fundada la Universidad de México, sobre las bases de la que fué Universidad Real y Pontificia. Para conmemorar dignamente aquel acontecimiento, el Rector Lic. Luis Garrido, proyecta la formación de un comité que organizará debidamente los festejos, sin premura de tiempo, y relievará lo que significa la cédula de Carlos V en los anales de la cultura en América. La Universidad de Lima, que se fundó en el mismo año, está programando la conmemoración, y uno de los primeros pasos ha sido la convocatoria para premiar la mejor historia de la Universidad. La de México, al ser reinstaurada en 1910 gracias al empeño de don Justo Sierra, ilustre ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, tuvo de malrinas a las de París, Salamanca y California. Hasta hoy no se ha escrito su biografía, y únicamente contamos con la crónica de Cristóbal de la Plaza y Jaén, la bibliografía de las tesis universitarias (de 1910 a la fecha), que ha formado el jefe del Departamento de Bibliotecas, don Tobías Chaves, y la compilación de las reales cédulas, hecha por el Dr. John Tate Lanning y editada por nuestra Imprenta Universitaria, salvándose así un tesoro de archivo.

CIUDADES UNIVERSITARIAS

Es sintomática la coincidencia que han tenido para construir ya Ciudad Universitaria, Panamá, Bogotá, Caracas y Lima. La misma idea está en movimiento en México, Guatemala y Tegucigalpa. La de Caracas contará con Instituto Anatómico, Instituto de Medicina Experimental, Escuela Técnica Industrial, Instituto de Higiene, Hospital Clínico, Instituto del Cáncer, Escuela de Enfermeras, Instituto Anatómico-Patológico, Stadium Olímpico, y otros edificios para el estudio y la investigación. La Escuela Técnica Industrial será construída, mediante licitación pública, por la suma de 3.125.113.65 bolívares, y en las mismas condiciones el Instituto de Medicina Experimental, por la de 2.707.363.35. Hasta el 31 de diciembre del año pasado los gastos que se han hecho para llevar adelante la grande obra, ascendieron a 6.552.451.76 bolívares.

UN MAESTRO

Quienes están atentos a todo lo que concierne a la política cultural, deben rendir homenaje al Dr. Roy Temple House, quien acaba de cumplir 70 años y sigue trabajando por fortalecer esa cultura, con hechos y palabras, y, sobre todo, con el vigoroso ejemplo de una vida íntegramente entregada al estudio. Desde la revista *Books Abroad*, que edita la Universidad de Oklahoma, el Dr. Temple House prosigue su tarea infatigable, difundiendo las noticias sobre las novedades bibliográficas en todos los idiomas de la cultura occidental. Bajo su hábil dirección ha sido posible valorar en inglés a muchos de los hombres de letras más connotados en nuestro idioma (Azuela, Reyes, Gallegos, etc.) En esa revista se han ido concentrando las opiniones que sobre los libros hispanoamericanos vierten los catedráticos y los críticos que colaboran al servicio de un programa que tanto bien ha podido hacer y que se enriquece con atisbos novedosos.

EL SON EN PUERTO LIMÓN

(Envío del autor)

Música, danza y el son,
bailan en puerto Limón
ritmos de fiebre y carbón.

Los negros llenos de sal,
sudando le dan al son
un ritmo muy especial.

Están locos en Limón,
retorciéndose al danzar.

Es una danza de negros
—humo, mujeres y alcohol—.
Un olor de los infiernos
—relámpagos de charol—
gritos de negras borrachas
alaridos del trombón.
Un paso que tiembla y alza
su enagua de caracol.
Una negra retorcida
va apretando más el son.
Se le escapa la cintura
con un extraño rumor
y un negro desencajado
la aprieta a su corazón.

Están locos en Limón
retorciéndose al danzar.

En Los baños canta el mar
una orática canción.
Y los negros al danzar
tienen la fiebre del son.

Ay mama Inés,
ay mama Inés.
Todos lo negros tomamos café.

Y alza por los dedos finos
de una mano de carbón,
el ámbar de la cerveza
y la canela del ron.

Gritan a los cantineros,
y una mulata al pasar,
muestra los dientes, más blancos
que dos terrones de sal.

Y entre tanto rueda el son:

Se va el caimán,
se va el caimán,
se va para Barranquilla.
Se va el caimán,
se va el caimán.

Y gritan negros borrachos
—humo, mujeres y alcohol—.
Y se embadurna la noche
con figuras de charol.

Cinturas que se golpean.
Manos crispadas al son...
Senos al viento, parados
como dos copas de ron.

Los ojos casi brotados.
Las piernas en la flexión
vibran, como alambres rotos
de una vieja instalación.

Música y fiebre en el bar.
Como un diástole el bongó.
Como un grito de saxofón,
como una lluvia el tambor.
Sigue y sigue y sigue más,
porque la danza es así,
locura, fiebre y carbón.
Y, están locos en Limón
—humo, mujeres y alcohol—
y una danza de charol
se va retorciendo al son.

Los borrachos en el bar
van gritando otra canción
y hasta el mar, ¡el mar! ¡el mar!
también bailando está el son.

Y están locos en Limón
retorciéndose al danzar.

Claudio BARRERA.

Limón, Costa Rica.
Junio 1948.

RESPONSO

(Envío del autor, en Santiago de Chile, julio de 1948).

Tenía un solo ojo azul; en la otra órbita
tenía una piedra.
No quería ni a los niños ni a los perros,
era algo bárbaro, medio infernal era.

Nunca nadie le dijo: —Amigo mío.
O bien: —Conversemos una tarde entera.

No quería piedad, quería igualdad,
y no tuvo igualdad ni piedad siquiera.

No era soberbio, pero era amargo
y se desbordaba como una jarra llena.

Cuando él venía todos se callaban,
tosían nerviosos. Era
huraño, casi malo, casi
un pedazo en bruto de tristeza,

Porque tenía sólo un ojo
debían haberle ahorrado
ese culatazo.

Porque de niño fué triste
y un niño triste es casi un santo,
no debían haberlo
torturado.

Porque fué rudo y solo
y no fué amigo de los pájaros,
por lo mal que vivió,
por todo el daño
que le hicieron los hombres,
no debían haberlo asesinado.

La vida le debía una muerte buena,
una muerte cualquiera, no un hipo de espanto.



(Madera de Francisco Amighetti)

Yo lo miro muriendo con su solo ojo azul,
mirando fijamente la culata y el látigo,
casi triste,
casi malo,

Protegiendo su ojo de las botas
para salvarlo
de convertirse también en una piedra dura.
De su salobre vida aferrado,
temeroso de que la muerte le guarde
aún otro daño
y le robe su eterno mar inmóvil
y lo obligue a seguir esperando
ahora que está sintiendo
el corazón cansado,
pero tan cansado.

Joaquín GUTIERREZ.

Capítulo del libro inédito que obtuviera el primer premio en el concurso de Monografías para los artistas del Monumento al General Fructuoso Rivera, héroe de la independencia del Uruguay.

EL GENERAL RIVERA Y SU PUEBLO GAUCHO

Por *José G.* ANTUÑA

(*Envío del autor*, en Montevideo, junio de 1948).

Señalaremos las etapas del General Rivera: militar, ciudadano, gobernante, revolucionario y proscripto.

Hemos de referirnos, desde el punto de vista general de la crítica histórica y sociológica, al pueblo gaucho y de inmediato a sus caudillos.

La índole particular de este estudio, hace indispensable su referencia suscinta.

Factor preponderante, el gaucho hizo la patria. En el proceso de su epopeya, no existía entre nosotros ningún antecedente orgánico de culturización. Ni las emancipadas clases ricas, como ocurriera en otras partes de América; ni el alto clero, de que carecíamos o la Compañía de Jesús, aliada eficaz de las burguesías regionales, frente al régimen monopolista de los dominadores extranjeros.

Sin embargo, tuvo Montevideo un Cabildo que no fué, como otros, el teatro permanente de los tumultos demagógicos. Sentó las bases del primer gobierno autónomo en el virreynato del Plata, al modo de la Capitanía General de Chile en el Virreynato del Perú. No fueron sus cabildantes los potentados, guardadores celosos del monopolio: los Alzaga o los Villanueva del frente. Eran, simplemente, los inspirados de un verbo revolucionario. Acallado por la autoridad del gobernador Ruiz Huidobro, transformóse Elío en caudillo de la causa republicana, frente a los arrestos bonapartistas del Virrey del Río de la Plata y conde de Buenos Aires, don Santiago de Liniers.

No tuvimos el esplendor de un imperio pre-colombino, ni como otros el reflejo directo de una dignidad regia de tres siglos de monarquía ibérica. No poseía nuestra tradición, en su génesis, rancia categoría de cultura, ni encumbrado relieve político.

Ni por la voz de los poetas y los payadores, que cantaron su hazaña y su leyenda; ni por la inspiración del romance, donde aparece como su protagonista autóctono, se ha obtenido la definitiva vindicación del gaucho.

Se obtuvo entre nosotros, por los ensayos de Francisco Bauzá, nuestro primer historiador, y de Carlos Reyles, novelista y a la vez ensayista y sociólogo. Fué el tipo primitivo de la civilización uruguaya —conceptuó el primero— con todas las virtudes y defectos de los días iniciales de su borrascosa infancia. Lo estudia el maestro, en los múltiples aspectos de su personalidad histórica; y en la raza, la sociedad y la psiquis. No lo niega; tampoco se avergüenza de su origen. Arranca del fondo de la tribu de bronce, y asoma en la cerrillada montaraz con sus chozas, hachas, hogueras y amuletos.

Pasa el aborigen del descubrimiento a la colonización. Desde Solís a Hernandarias. Indómito siempre y luchando trescientos años contra el invasor, la naturaleza y los animales salvajes. No en balde, Azara, pudo consignar que cuatrocientos charrúas, hicieron más bajas en las filas españolas que los ejércitos de Moctezuma y de Atahualpa. Forjaron ellos a nuestros gauchos, y asoma, como si dijéramos, del fondo de los mitos. No es extraño, por ende, que narradores extranjeros



Gral. *Fructuoso Rivera*,
1er. Presidente del Uruguay.

de fines del siglo XVIII, desbordando su fantasía, los imaginen en la compañía fabulosa de los hipocentauros. Fenómeno local y americano, el sociólogo ha querido abarcarlo en toda la complejidad de su conjunto. Proscripto el indio, dentro de su propia tierra, y colocado al margen de la historia, el mestizo, pasa a constituir el núcleo primario de la nacionalidad. Aparece el "criollo". En los unos se delínea, con más o menos nitidez, una voluntad de independencia. Los otros, por lo general terratenientes y conservadores, letrados y extranjerizantes, se alían al dominador por comodidad o por interés.

Nuestro gaucho, creador de la estirpe, con su perfil moral inconfundible, ofrece a Bauzá la convicción de que "la historia ha de asignarle un lugar distinguido en sus páginas. "No podrá escribirse sin mentarle en primer término". Porque se trata, piensa, "del primer eslabón de un grupo humano, destinado a conquistar su independencia y su libertad por el valor militar y la entereza cívica". Y es entonces, cuando destaca la acción decisiva de las columnas gauchas en la acción emancipadora, porque "gauchos eran los dragones que al mando de uno de los Artigas, batieron a Bustamante en San José; y gauchos los blandengues de Las Piedras; y los de Rincón y Sarandí; y aquellos que tomaron los parques brasileños de la isla del Vizcayno, desnudos y con los sables en la boca; y los que destrozaron al ejército de Echague en Cagancha; y gauchos por fin, recuerda, los ochocientos orientales degollados por orden de Urquiza en India Muerta".

Tuvieron el instinto y la pasión de la libertad. *"Gracias a ellos, el Uruguay es independiente"*.

Lo evoca Reyles en la paz y en las faenas rurales. Del gran lienzo del paisaje uruguayo surgirá el pionero con su nota de *color caliente*. "El sentimiento rudo, la soberbia, el valor y el desprecio de la muerte y la fortuna, lo coloran con líneas firmes y tonos seguros, mientras las ideas nuevas y los flamantes procedimientos del trabajo rural, matan las viejas y castizas faenas, y le comunican esa conmovedora melancolía que tienen las cosas llamadas a desaparecer".

El pueblo anónimo de los campos que realizó el milagro, en grado mayor que los ciudadanos de los quietos y burocráticos centros coloniales.

La independencia fué *empresa grande*, dice Lugones; también la organización del país, consecuencia de la lucha intestina. Influyó el gaucho de manera decisiva en la formación de la nacionalidad. Decir lo contrario fuera peor que renegar del destino y del propio origen: desconocer un proceso histórico y el fenómeno social, uruguayo y americano. La libertad, fué siempre entre el gauchaje el móvil psicológico determinante. "Analfabetos en las lides del abacedario, pero más que alfabetos en los sentimientos esenciales de la patria", se dijo, frente al denuesto de Sarmiento. Libertadores, frente al invasor; y civilizadores: Dióscuros de la pampa, cabalgando en los potros de sus instintos. Tanto duró su sacrificio, que *la tensión trágica de su larga epopeya lo agotó*. Pero muriendo y matando en la defensa de un ideal: la democracia, "que no comprende, pero que sigue con ingénito frenesí". El novelador evoca a los Campeadores orientales, en ardientes brochazos. "Raza sin pedigree, pero una raza". Sin escudo en los combates; una vincha tan sólo para guardar sus frentes; tercerolas enmohecidas, lanzas en astillero y sables mellados y dagas que se afilan en las piedras. Evocándolos, advierte cómo en el tumulto, el gorro frigio se confunde con la bota de potro.

Debe figurar el pueblo gaucho en el monumento al general Rivera. Tenemos una representación individual en el bronce vibrante de José Luis Zorrilla de San Martín, de rasgos fieles y de recia prestancia. Falta la evocación colectiva. Y es esta la oportunidad de ser tratado por el artista en toda la vasta extensión del tema. No olvidemos que corresponde a la "creación individual imitar la obra secular y colectiva y a la inteligencia invadir en el terreno de las grandes producciones del instinto".

Conductor de aquel pueblo Rivera. Dinámica de la rebeldía y del coraje nativos; lumbre y cauce de su ideal ingénito; artesano de su libertad.

No fué sin embargo el Caudillo originariamente un gaucho, ni actuó como tal en la vida pública. Ni por su educación, ni por su cuna, ni por su sangre. "Gaucho en el campo y patricio en la ciudad", escribió Rodó.

Su padre, Pablo Hilarión Perafán de la Rivera, el fuerte hacendado, nacido en la ciudad de Córdoba, no fué un mestizo. En 1811, lo confió a Artigas y a su causa emancipadora. Tampoco su madre, doña Andrea Toscano, de Buenos Aires, que descendía de italianos, y que siguió en el éxodo al Patriarca.

Inició sus estudios primarios en la escuela de José Bonilla, y hubo de enviarlo a Europa su progenitor, junto con Luis Eduardo Pérez, para que continuara sus estudios. Su apasionada vocación lo arrastró desde niño, y corrió a los campamentos. Hemos re-

(Concluye en la pág. 47)

Nueva York, junio 21 de 1948.

Señor don
Joaquín García Monge.
San José, Costa Rica.

Siempre bien recordado y admirado
don Joaquín:

Hace algunos días le envié un artículo sobre el pintor cuscatleco José Mejía Vides. Tengo para mí, que los asuntos políticos de Costa Rica han impedido la publicación de Repertorio Americano *o cuando menos, retrasado. Quiera Dios que nada desagradable le haya sucedido a usted y a* Repertorio. *Deseo de todo corazón que no esté usted enemistado sino mejor amistado con el nuevo régimen. Mi ausencia tan larga de Costa Rica periodística, del contacto con ticos amigos, me ha impedido ver con claridad qué sucedía en esos sitios. Picado fué muy noble conmigo cuando yo estuve allá y él era Ministro de Educación. ¿Es posible que haya cambiado? ¡Es posible!...*

Le estoy remitiendo aquí mismo un artículo sobre el libro primero de nuestra linda amiga Claribel Alegría. Creo que usted lo tendrá ya en sus manos. Si cree que puede hallar campo en Repertorio *será un gusto. Le remito un retrato de Claribel que yo mismo tomé aquí en Nueva York en un abandonado parque romántico de las afueras. Espero oír de usted pronto.*

Con un fuerte abrazo de su amigo de siempre,

Salarrué.

* * *



Claribel Alegría

Foto de *Salarrué.*

"ANILLO DE SILENCIO"
Primicias de Claribel Alegría

Por *SALARRUE*

¿Un libro de poesía? No. Poesía en un libro. Si tomáramos *Anillo de Silencio,* por *un libro de poesía* correríamos el riesgo de no penetrar en su mágico espacio. Acaso no le daríamos su valor real. Sabemos que la expresión poética sufre transformaciones en el transcurso del tiempo. A la edad de primavera la expresión es *flor* y no *fruto;* es gorjeo y no trino, el trino tarda. El gorjeo ya es trino, pero en potencia. El pichón se expresa con el dulce murmullo que promete el trino libre de mañana, el trino claro y desplegado de pura armonía.

Ahora nos preguntamos: ¿qué es mejor en esta jornada de arte sugestivo: lo que se dice sin palabras o lo que se dice entero? ¡A saber...! El *ballet* es un arte que está apasionando al mundo. Con su mímica musical lo dice todo gorjeado; gorjeando, sin palabras, con giros vagos, sugerentes y el resultado es que nos volvemos locos con él.

Pues bien, Claribel Alegría está en la etapa diáfana de la poesía de *ballet.* A decir verdad, casi todo el libro es *ballet* de labio, exceptuando algunos poemas desperdigados que debieron tal vez agruparse al final: "A mi madre", "Mi anhelo" (el más lindo acaso), "Hay Días", "Nada me ata a la Tierra", "Déjame entrar", "Arrodillada", "Mi Canto" (el más original), "Ya" y "Ven a ver al agua".

Decimos que casi todo el libro restante es *ballet* de labio y ella (identificada con *su corazón*) es una danzante embriagada de poesía. La poesía la posee como la llama de las venas. Su nombre mismo de Claribel Alegría es un nombre de "ballerina", casualmente, y el *Anillo de Silencio* no es otra cosa que el círculo de luz que destaca y persigue a la danzante sobre el tinglado cayendo del reflector emplazado en la cúpula.

Aquí estoy, otra vez,
encerrada en mi anillo de silencio.

*

Y tiemblo en el silencio de la noche
como la llama incierta de una vela.

La danzante por la poesía fina, se desplaza graciosamente y el anillo de silencio y de luz la persigue. ¿Qué persigue ella con los ojos entornados y los oídos atentos a extraordinarias voces?

En busca de una voz voy por el mundo,
en busca de una voz que me persigue.
Me llama desde lejos en la noche
y vibro de alegría con su acento.

Casi la tengo a veces en mis manos,
se acerca de puntillas sin ruido,
ilumina de gracia mi silencio
y estremecida se aleja en el aire.

La poetisa está danzando; no se puede dejar de ver eso.

No la puedo coger, es tan ligera...
Se desliza burlona y delicada,
me dice que la alcance, me persigue...
Y cuando viene el alba huye de mí.

La poesía es un reflejo luminoso que se escapa fácilmente por entre los dedos estremecidos; sin embargo, quedan plumas irisadas.

¡Cómo saltó del agua la poesía!
Subió a mis ojos desnuda y celeste,
dejó en mis labios un temblor de estrellas
y despertó mi sueño con su canto.

Yo quise detenerla entre mis manos
y sentirla vibrar en el silencio,
pero ella, que es elástica y ligera,
abrió la brisa y se escapó danzando.

La vi alejarse delgada en la niebla,
iba llena de gozo hacia la aurora...
Mi corazón, que llora por su ausencia
empinado en la sombra la persigue.

Si esto no es *ballet* introspectivo, ya no hay qué...

Pero la "ballerina" tiene sus contrapartes en la danza de persecución de la Poesía. ¿Quiénes son ellos? Uno, desde luego: el Viento. El viento es el compañero escurridizo que circunda el corazón de Claribel Alegría y la alza a ratos entre sus brazos ágiles, haciéndola girar como un vilano sentimental.

Mi alegría será breve
como la flor del cerezo,
quizá esta noche se escape
de puntillas con el viento.

*

El viento loco se enreda
en la gracia de las palmas.

*

Ven conmigo a jugar a la pradera,
los pájaros arrullan en la brisa,
No te pongas sandalias. Ven descalzo,
saltaremos los dos como gacelas.

*

Anoche caminaba con el viento,
hacia un país fantástico, sonoro,
donde la sombra es luz.

Y aquí entra el coro de fondo:

Angeles de alas anchas
con trompetas de sueño me llamaban.

*

Deja ya de perseguirme,
viento atrevido del norte,

déjame que estoy cansada,
quiero tenderme en el monte.

¿Quieres mi cinta de seda?
¿Quieres mi anillo, mi broche?
Tenlos, viento pero déjame
quiero estar sola en el bosque.

¡He corrido tanto, tanto,
desde el día hasta la noche!
Salté ríos en mi huída
y atravesé el horizonte.

*

Cuando encuentre la voz de las cosas eternas
me escaparé sin huellas con el viento.

*

No dice nada el viento...
Mi nostalgia se agranda.
En el silencio frío se oye caer mi llanto.

¿Hasta cuándo, Señor?
ya quisiera escaparme
y llegar a la playa que sólo he visto en sueños.

Porque el escenario más frecuente de esta danza en pos de la Poesía, acompañada por el viento, es la playa.

Ven en mi ayuda, viento,
rompe mi cárcel leve.
Su inmovilidad.

*

Ayúdame a vivir, viento del cielo.
Acaso el llanto mismo me ilumine
y seré como un faro en las tinieblas.

*

El viento, un viento triste, le acarició en [su danza.

A veces el viento apasionado topa con un rival de importancia, pero siempre triunfa. Ahora es el Fuego:

Tú eres látigo de amor
eres el dios que me danza.
¡Fuego, carmín, esperanza,
dame todo tu calor!

Después es el amor:

Yo vi al amor pasearse en la ribera.
Con palabras de ausencia me llamó.
Cuando llegaba a él,
el viento siempre el viento se interpuso.

¿Palabras de augurio, Claribel Alegría? ¡Cuidado!... El viento es el Ideal y el Ideal y el Amor no están reñidos. Guarda el Amor y guarda el loco Ideal que te acompaña en la persecución de la Poesía. Y si puedes hacer con el Amor y el Ideal una sola alma y entregarles tu vida, esto me parece mejor aún. Pero... ¿qué estoy diciendo, qué estoy divagando?, si tú ya lo has dicho antes:

No tardes más, viento del cielo.
Quiero danzar contigo
y vibrar en tus manos como un arpa.

Desde antes de nacer ya te esperaba.
Presiento tu forma en las nubes

Las nubes son todo lo que existe en este mundo tan incierto, ¿verdad?

y en las tinieblas del día.

Date prisa en venir.
Si yo muero en tu danza
te seguirá mi canto en las estrellas.

Más tarde el personaje es el Recuerdo:

Esta noche va a llegar
(ya me lo dijo la espiga);
por galerías de sueño
viene danzando en la brisa.

Magnífico personaje de *ballet* el Recuerdo, con indumentaria posiblemente gris, o azul tal vez: "blue"

"Azul es el monte lontano,
azul es la nube de tul,
zafiro es el lago cercano,
también el recuerdo es azul".

Como ha dicho un poeta amigo mío en una canción tristona que tiene mucho de los "blues" afroamericanos.

Otros versos atestiguan esta poesía de *ballet* que lo es por su expresión gráfica sublimada, sutil, alígera y encumbrada, tanto como porque en la mayor parte de los versos hay un como esquema de danza que se desliza girámbula sobre superficies de espejo plano y fondos de escenario romántico-moderno:

Todo estaba en calma
yo sola corría
con el pelo suelto
y los labios húmedos de cantos silvestres.

Bellos versos, Claribel.

No me hables ahora,
quizás en silencio recuerde mi salto a la tierra.

*

Siento el misterio claro que palpita en el agua
y un vuelo de alas blancas se adivina en [mis manos.

Todo es hondo esta noche.
Las estrellas parecen ciudades de cristal.
Mi corazón insomne oye girar el mundo.

*

Si en vez de raíces
tuviera alas anchas
ya me habría desprendido de la tierra.

*

Soy fantasma extraviado, en agonía,
y espero la presencia de la luz.

A ratos la "ballerina" siente espasmos libertarios e impulsos heroicos:

¿Cómo podré escaparme?
Quiero abrir mis dos alas en el viento.
Si azota la tormenta
he de luchar con ella aunque me venza".

También, frecuentemente, el Silencio la busca o ella lo busca a él, a pesar del viento...

De pronto escucho un canto...
Es la voz del Silencio que me llama,
y corro a él para encontrarme.
Allí está mi alma desnuda....
Tiemblo por dentro, tiemblo,
El dolor y el gozo me sacuden.

O su expresión se torna decididamente coreográfica, mímica de inequívoco *ballet*:

Así encontré tu alma,
como flor que dormía entre las hojas.
Abrí uno a uno sus pétalos suaves
y estaban llenos de rocío.

La besé con ternura.
Un canto milagroso
se escapó de mis labios.

*

Cuando vino la aurora
despertando ciudades
yo tenía dos alas en mi cuerpo.

Un temblor alargado y misterioso
subía de mi cuerpo a las estrellas.

Y exquisita forma mímica:

Una rosa de llanto ha florecido
en el hueco vacío de mis manos.

Decididamente, el alma de Claribel está danzando en todos estos versos. ¿Por qué? Porque, ya lo he dicho, es el momento de decir las cosas sin reflexionar, sin filosofía o complicadas figuras metafóricas. Es la hora dulce, primaveral, de un dulce amanecer; la hora de la mariposa-flor y del colibrí-llama fría, temblando en el jardín, estremecido e irisado en el rayo de áurea luz solar. Todo el arte moderno que nos parece tan oscuro es sin embargo un arte de amanecer entre la niebla. Vamos hacia algo. Decimos cogollos de cosas; gorjeamos como precursores del trino clásico; nos movemos en el mundo arquetípico, entre ideas y no entre formas y eso expresamos: ideas, no formas.

El escenario de la poesía de Claribel tiene que ser, no el mundo tridimensional, sino ese escenario bidimensional de las bambalinas, un escenario sentimental, emocional y romántico, para almas y no para cuerpos.

Tengo llenas de arena las sandalias,
anoche anduve sola por la playa.

El proscenio de la playa es el mejor para ella.

Los sauces se doblaban en el viento
y una estrella alumbraba mi camino.

La noche abría surcos en la sombra,
recogía las flores encendidas...

Yo corría empinada tras su gracia;
me quedé sin verla entre la niebla,
el agua, silenciosa y atrevida,
borró las huellas de sus pies descalzos.

Deliciosa imagen esta de la onda silenciosa y atrevida borrando con su beso la huella de los pies nacarinos de la noche. Porque la noche tiene pies de aurora, pies de alba como todos los otros ángeles del cielo, y las ondas sobre las arenas oscuras tienen labios amorosos.

Y luego, huyendo enmedio de la noche avanzada en busca de la fuente, las sombras danzarinas se pierden por el foro:

Escondida en la noche hay una fuente
(mi corazón insomne me lo ha dicho),
se oye cerca la música del agua
y hay fresco de magnolias en el viento.

Ven conmigo a buscarla entre las hojas.
Quiero embriagarme con su gracia blanca,
quiero mojar mis labios en sus ondas
y lavar en la espuma mi secreto.

Vamos corriendo hasta tocar la orilla,
no dejes que la luna se adelante;
quiero verme primero en su corriente,
cantar con ella cuando venga el alba.

Cantar con ella cuando venga el alba. En esta frase está toda su promesa. Sí, Claribel Alegría, escondida en la noche hay una fuente, tu corazón insomne no te engañe. Ve con el viento a buscarla; ve como el vilano portador de la semilla, que danza en el viento y con el viento. En su gracia blanca moja tus labios pronto y purifica tu secreto, tu magia, tu don, tu poder. Esa fuente es la Belleza misma que hoy expresas por intuición, por gracia, y está (como tú lo dices) *en el alba*. A ella cuesta llegar, pero tú tienes el secreto del laberinto de la noche y el Viento que es el Ideal te guía además; mañana esa Alba misma será tu gran *Anillo de Silencio* y de luz, tu rotonda de triunfo y en el centro de ella te expresarás entera, en increíbles equilibrios de gracia y emoción, ¡Claribel Alegría!...

Nueva York, junio 1948.

SON 4 SONETOS

(En el *Rep. Amer.*)

San José 2 de mayo de 1948.

Prof. don Joaquín García Monge.
Repertorio Americano.
Ciudad.

Don Joaquín:

Le envío estos cuatro sonetos en la esperanza de que usted volverá a acogerme en las columnas de su gran Repertorio Americano. *La juventud de Costa Rica no tiene más amparo que su voz de aliento, sostenida a lo largo de una vida generosa como la suya.*

Le ruego aceptar la dedicatoria de Noche Tropical, *en que deseo manifestar en público, mi simpatía y mi admiración hacia usted.*

Su amigo afectísimo,

Alfredo VINCENZI.

FLOR PERDIDA

Una flor ha caído en la laguna,
al conjuro de un soplo, con la brisa;
y embrujada en la lumbre de la luna,
por la linfa que duerme se desliza.

La mueve a la deriva su fortuna,
esparciendo sus pétalos sin prisa.
Ya la flor se deshace como en una
sutil ensoñación que está indecisa.

¡Da tristeza mirar que se deshoja
en el agua, temblando de congoja!
Y al perderse el ambiente perfumado,

como en una ilusión desvanecida,
queda el cáliz sin pétalos, mi vida,
en el cieno del fondo sepultado...

NOCHE TROPICAL

Al Maestro García Monge.

En las noches azules y serenas
suspira la marimba sus cantares,
en tanto que el rebalse en los manglares
con espumas alfombra las arenas.

Aviva los recuerdos y las penas,
el lírico rezongo de mis lares.
¡Y llora su tristeza en los palmares!
Nostalgia de los indios, que en las quenas,

en quijongos y en toscas ocarinas,
vertieron sus lamentos y sus ruinas...
Es ala que olvidaron las gaviotas

temblando en el cenit, la media luna,
en tanto que una queja en la laguna
boga en silencio por las linfas rotas.

PLENILUNIO

Abanican las olas los palmares
bajo el oro lunar que las alhaja;
y soplan un murmullo los manglares
con el suspiro que en las aguas baja.

Al conjuro de eólicos cantares
una nube gigante se desgaja.
Y en estrellas, lejanos azahares,
con la noche azulada la luz cuaja.

En esta hora de pálida armonía,
hay quietud en la límpida bahía.
Y sueña con sus quejas la marimba.

¡Y al volar una garza vagabunda
sobre las ondas de la mar profunda,
la luna llena en su fulgor la nimba!

OCASO

Bajo el sol de la tarde que se va majestuoso,
tornasolan las nubes en fugaz desvarío;
y en el monte acostadas, su algodón primoroso
va esparciendo sus ocres en las ondas del río.

Abanican las palmas con vaivén despacioso,
la bruñida techumbre del tranquilo bohío;
y una rígida garza, sobre el líquido undoso,
levemente sonrosa su plumaje en desvío...

Se adormecen los tintes en la quieta fontana,
y se fuga el celaje de la selva lejana.
Ya se apaga la comba del cercano ribazo.

Al doblar la montaña trasponiendo las cumbres,
vuelca el sol las cenizas de sus sordos [vislumbres.
¡Y amortajan las sombras el fulgor del ocaso!

El indio

Escribe *Alfonso* ANDRADE CHIRIBOGA

(Envío de C. A. y C. Cuenca, Ecuador, junio 1948)

El Indio, desde el drama de la Conquista, asoma en el escenario del Nuevo Mundo caracterizando lo trágico, lo más rudo de la vida: nada ha podido mejorar su suerte de arambel, que se arrincona, de balón siempre pateado.

Para el Conquistador, fué máquina en la mita y asno en la tahona; cebo en la charca de la sanguijuela y carnaza para la jauría. Para el Estado, no pasó de cifra en la estadística y de contribuyente sin derechos. Todavía, para la ciencia, es ejemplar de ensayo y nunca dejó de ser presa del leguleyo, víctima del simoníaco, prueba cruenta y palpitante de la piedad tonsurada, especialmente en las parroquias.

El indio es una pena que se ha encallecido, un dolor que, por el hábito, ha perdido toda novedad. No tiene sino una senda, la agrícola incipiente: vericueto que nunca lo aplana ni lo amplía; y una sola meta: la reconquista del suelo por milímetros. El peso de su infortunio, en vez de aleccionarlo —como al judío— le agobia y, si del Bien no ha pasado de cierto plano, tampoco del Mal conoce los extremos. Es un ave que se mantiene en perpetua contenencia, oteando una presa que nunca asoma. Si cleptómano, no pasa de ratero; si dipsómano, no llega a consuetudinario; y si su virtud limita con la humildad rencorosa, con la paciencia obligada, su ciencia culmina con la brujería. No tiene otra riqueza que la "huaca" ignorada, ni más historia que la leyenda.

Así como ayer el indio fué hijo del Sol, así hoy es *amo y señor del Tahuantinsuyo*: sólo que para seguir siéndolo, ha tenido que convertirse en *peón concierto.*

Si no sumaran su miseria los indios, no fueran ricas las parroquias, ni tan dignos de execración los encargados de regirlas y ejemplarizarlas.

El indio, para el Poder, es árbol esquilmeño; para el Culto, sostén y víctima propiciatoria; para el antropólogo, no se diferencia del ario por más que, como al cananeo, la mancha posterior le halle el canónico, y algún sociólogo crea que no evoluciona sino en el mestizaje, anquilosándose y desapareciendo cuando pretende conservarse puro.

El indio es la queja que nunca se modula, el ansia que siempre se reprime, la protesta sin gritos ni palabras. Es un lloro profundo, exteriorizado con grotescas alcocarras. Es algo muy triste que ríe demasiado y, haciendo reír a muchos, hace llorar a todos.

Con la riqueza de un indio, tuviera que

mendigar un asceta; pero así, con esa miseria, se enriquece el Cura. ¡Milagros de la Fe del Cura! ¿No fué, acaso, un cuervo el que mantuvo a un anacoreta?

Como catafalco, vestido de rojo, el indio es algo muy triste que hace de danzante y vive haciendo fiestas. El indio es el único refugio de la Justicia: sino fuera por él, ella no tuviera sobre quien ejercitarse.

El poblador del páramo, al observarlo de cerca, casi no come, ni duerme, ni descansa, ni se queja, ni vive. Es una sola negación. Un interrogante siempre abierto. Una piltrafa cediza, perdida en el agro y que sólo se muestra destrozada en las fauces del párroco y del Teniente Político; o sangrante bajo el rebenque de un amo embrutecido.

¿Qué es el indio? Algo que no se deja alcanzar como la Verdad y la Justicia; que sale de la pluma del sociólogo, abisma al moralista, empequeñece al asceta y aturde a la dialéctica, arrancando afirmaciones del todo contrapuestas.

El indio, sin aspirar a nada y conviniéndose con todo parece dichoso; pero, al mismo tiempo y por las mismas razones: ¿quién como él podrá ser tan desventurado? Se interpreta su risa por alegría, como si no pudieran vestirse de grama los tremedales y de gorriones las cruces del cementerio. Cómo dejar de ver su tristeza y cuánto le rodea; la tórtola, el cuscugu, el rondador, la dulzaina, la caja ronca, la quija; los eclipses de luna en los que el indio se desespera haciendo llorar niños y perros: leyendas de aparecidos y Mama-Huakas; su folklorismo, que nunca ha dejado de ser trágico.

En el psicoanálisis de la risa, la del indio y la de Pagliacci se confunden: ni es posible afirmar la alegría del despojado e irredento hijo de la campiña sin antes haber probado su degeneración o su cretinismo.

El indio es algo que vino de la noche incásica; y, tal vez, antes de completarse el medio milenio, haya vuelto a ella, como la bruma que empuja por las ráfagas va retirándose a lo más agrio de las colinas para al fin derrumbarse, desde el último límite, en el abismo impenetrable. De la raza cobriza absorbida por la blanca, no quedará mañana sino el recuerdo para decir que fué la señora del Tahuantinsuyo y que volvió al punto de partida después de quinientos años con casi todas sus tradiciones y costumbres y con las lacerantes huellas del rebenque de la conquista: elocuente prueba de la supremacía de los arios!

Ah, sí. Que el indio desaparezca, a que su sangre demasiado ardiente y cargada de glóbulos rojos no sea óbice para los fines que persigue la caduca raza blanca. Que esto que llaman "humanidad" y "cultura" se satisfagan borrando al indio de la faz del Nuevo Mundo, por más que mañana haya sonrojos y enmudecimientos, frente a las interpelaciones de la Historia.

EL ESCRITOR Y SU DESTINO

(De *La Prensa* de Buenos Aires, del 13 de junio de 1948. Envío de L. T. G., en La Paz, Bolivia. Con estas palabras: "Como usted sabe, en la Argentina hoy impera una dictadura fascista implantada por el general Perón. Amigos que merecen entera fe, me dicen que en la tierra de San Martín y de Mitre, no hay libertad de prensa, las radios pertenecen todas al Estado y un materialismo crudo subyuga a gran parte de los argentinos").

Aunque se incurra en la posible monotonía de tener que celebrar todos los días del año la eficiencia y bondad de alguna profesión u oficio, no vemos por qué se le ha de negar a los escritores que elijan una fecha determinada para reunirse con el noble propósito de estrechar vínculos de compañerismo y de solidaridad en ideales comunes. También ellos son trabajadores y contribuyen con su esfuerzo al engrandecimiento cultural de la nación a que pertenecen. Sus instrumentos de labor son los más sutiles y los más difíciles de apreciar de manera inmediata. Es el espíritu el que los forja. Es la inteligencia la que los templa y dirige.

Sin el hombre de pluma, sea escritor o periodista, las ideas carecerían del medio adecuado para iluminar la conciencia, despertar la curiosidad y encender la mente de los pueblos con emulaciones generosas de superación. La palabra hablada no posee la virtud esencial de la escrita. Los rapsodas y platicadores errabundos conmovían y deleitaban, ciertamente, a su paso por aldeas y ciudades, pero lo que brotaba de sus labios moría tan pronto como el sonido de la voz. Lo único que se salva del olvido y adquiere trascendencia perdurable es lo que se estampa en el pergamino o en el papel moderno con nítidos signos ortográficos. Sin los escritores y cronistas de todo género viviríamos en un mundo sin memoria de lo pasado, en una nebulosa mental propia de las épocas primitivas.

Bastaría esta definición para enaltecer la misión social que desempeñan cuantos se dedican al arte de escribir. Revelaría la más pasmosa incomprensión el suponer que las letras son tan sólo lujo y pasatiempo de quien las practica, sin necesidad premiosa e imprescindible, como la tienen, por ejemplo, el comercio y las industrias. Cartago no dejó poetas, historiadores, filósofos ni hombres de ciencia. Ha dejado en cambio, un recuerdo poco envidiable: el de su ignorancia, el de su codicia, el de su egoísmo. Muy distinto ha sido el destino de las naciones que, sin olvidar la utilidad que genera riqueza material, no le negaron primacía al espíritu. Si bien es verdad que sin dinero no hay arte, también lo es que el dinero sin arte no les reserva a los pueblos inmortalidad en la historia.

A pesar de las premisas que dejamos expuestas y que, a nuestro juicio, no admiten contradicción, es un hecho doloroso que en ciertas épocas no se les dió a los hombres de pensamiento —y en muchos países todavía no se les da— la consideración a que son acreedores por su desinterés e idealismo. Literatura y pobreza son casi sinónimos. En Grecia los filósofos vivían en la miseria. En Roma los poetas se arrodillaban ante el César o cantaban loas a la munificencia de los potentados para no perecer. En los siglos de oro de algunas naciones modernas, novelistas y líricos de genio mendigaron en las cortes de los reyes y hasta en los caminos. Por demás se sabe dónde y cómo escribió Cervantes el *Quijote*. Y todo cervantista tiene presente aquella triste confesión: "Alcanzar alguno a ser eminente en letras, le cuesta tiempo, vigilias, hambre, desnudez, vaguidos de cabeza... y otras cosas a éstas adherentes". Debióse ese consternador desamparado de la flor y nata de la inteligencia a la falta de libertad política, sin duda. Los gobiernos absolutos abrigaron siempre desconfianza y temor hacia los que sabían, y creyeron que la indigencia y la cárcel eran el mejor freno contra los que osaran hacer gala de independencia. Acaso al mismo motivo debióse la existencia de los escritores serviles que redactaron manuales de despotismo. En los tiempos modernos en que nos toca presenciar el duelo a muerte entre la libertad y la opresión, se repiten iguales o parecidos ejemplos: la cortesanía obtiene granjerías, mientras la dignidad tiene asegurados el aislamiento y la estrechez económica.

Respetar a los escritores es un deber de toda nación libre y civilizada. El proletariado intelectual no honra a los gobernantes ni a los gobernados. No se trata de salvarles la vida a los intelectuales con prebendas o empleos oficiales que sólo sirven para tener.os sujetos, para que piensen en voz baja lo que en voz alta no pueden decir sin riesgo de perder los favores recibidos. Son el pueblo y las personas cultas, son las leyes ecuánimes y justas los que deben elevar la jerarquía del hombre de letras. Si en cada biblioteca pública y en cada hogar argentino entrara diariamente, a manera de pan del espíritu, un libro nacional, sin esperar a que el autor lo regale —suprema afrenta y desdén supremo— los escritores nacidos en nuestra tierra y en el continente hispanoamericano alcanzarían la holgura y la dicha que se les reconocen a los de habla inglesa.

AMÉRICA LATINA, PARAÍSO DE DICTADORES DE SABLE Y DE LEVITA

(En el *Rep. Amer.* Envío del autor)

El derrocamiento de Higinio Morínigo, soldado feroz que convirtió el Paraguay en un inmenso campo de concentración e hizo gemir a su pueblo por un lapso de ocho años, nos da oportunidad para hacer breves apuntaciones sobre el terrible morbo que con el nombre de tiranía flagela a los países de América Latina.

Si Europa es el continente donde se fraguan las guerras más sangrientas que la humanidad confronta azorada de tiempo en tiempo, América Latina es a su vez, el continente donde las revoluciones y asaltos al poder, los cuartelazos y motines, el estado de sitio y fusilamientos, secuestros y saqueos constituyen el estado normal de su existencia. Hay justa razón para decir que América Latina es el paraíso de caudillos y dictadores, de déspotas y tiranos de sable y de levita.

Desde el Río Grande hasta Patagonia, casi todos los pueblos de habla hispana y lusitana han soportado en carne viva, por largo o breve tiempo, el peso de la tiranía más brutal y retrógrada. Porfirio Díaz en Méjico; Estrada Cabrera y Ubico en Guatemala; Somoza en Nicaragua; García Moreno en el Ecuador; Rodríguez de Francia, los Solano López y Morínigo en el Paraguay; Vargas en el Brasil; Rosas en la Argentina; Gómez en Venezuela; Melgarejo, Morales, Daza, Toro, Busch y Villarroel en Bolivia; Machado en Cuba; Trujillo en la isla Dominicana han sido y son los arquetipos de la barbarie en función. Todos estos monstruos humanos gobernaron manteniendo la convicción de que cumplían una misión sobrenatural y mesiánica, perpetuándose en el poder con el apoyo de fuerzas armadas —ejército y policías— y de camarillas formadas por elementos genuflexos.

En llegando a las alturas del gobierno, los dictadores latinoamericanos hacen omisión de las leyes y es su capricho la única ley que deben acatar sus gobernados con sumisión. Las cámaras legislativas constituídas por demagogos venales adictos al tirano cumplen sin réplica las órdenes impartidas del palacio presidencial. Los altos tribunales de justicia a donde van funcionarios ineptos y sobornables, se ciñen a la voluntad del dictador desechando los preceptos de los códigos. Los embajadores, ministros plenipotenciarios y cónsules, si no son hermanos o parientes del jerarca, son sus amigos o compañeros de crápula, que no tienen otra labor que ensalzar en el extranjero el régimen oprobioso del caudillo.

Todo dictador latinoamericano busca por todos los medios la adhesión de chusmas ignaras y de masas trabajadoras, soliviantando sus pasiones y promulgando leyes y decretos llamados de protección social, que no tienen otra finalidad que provocar y enardecer la lucha de clases y romper la armonía entre patronos y obreros. Para el dictador, el capital, la iniciativa privada y el hombre de empresa constituyen los más encarnizados enemigos de su gobierno.

Por regla general, quienes llegan al gobierno tras un golpe de traición, son militares rudos, bebedores y cleptómanos, y es a estos audaces a los que sirven de rodillas, catedráticos exentos de dignidad, escritores y periodistas sin pudor, jueces cotizables y políticos de antecedentes turbios. Todos estos lacayos son los que desde los ministerios, prefecturas, intendencias y tribunales gobiernan a espaldas del coronel o mayor del ejército llamado presidente de la nación; son estos los que dictan leyes y decretos para confiscar diarios de oposición, deportar periodistas altivos, encarcelar adversarios políticos y eliminar a cuanto ciudadano que no se somete al régimen imperante. Durante el período dictatorial, el espionaje y la delación se los ejercita a cambio de crecidos estipendios erogados por el erario nacional. Desgraciados los que siquiera en charla de amigos censuren los actos de la dictadura, para ellos no hay sino dos caminos: la cárcel o el patíbulo.

Nada hay más apetecible para un tirano que gobernar sin prensa que fiscalice sus procedimientos, sin opinión pública que analice su ejecutoria administrativa y sin que nada ni nadie afirme que el país va hacia el caos y la anarquía. Para el déspota latinoamericano, las alabanzas cotidianas de la prensa oficial encierran más verdades que la crítica serena y desapasionada de una agrupación política o de un órgano de prensa de autoridad. Cuánto no le agradaría al cacique que el pueblo en todas sus clases le rindiera pleitesía y lo llamara como sus aúlicos el "mandatario ideal", "el reformador" y "el insubstituíble".

Muchos se preguntarán: ¿por qué los colaboradores inmediatos del dictador o presidente vitalicio no se atreven a levantar la venda que cubre los ojos de estos "providenciales" para hacerles ver la realidad? Porque todos los asesores, consejeros y colaboradores, individuos improvisados, desposeídos de fortuna y que por mera casualidad y a fuerza de arrastrarse llegan a situaciones elevadas, viven subyugados por un sólo deseo sensual, por un sólo interés materialista, que es, amontonar riquezas en el plazo más corto; añadiéndose a este antecedente, el prejuicio de que la dictadura puede ser derrumbada el día que menos se espera.

Las fuentes más socorridas y seguras para el enriquecimiento de los dictadores y sus secuaces, son por lo general, la suscripción de un contrato leonino con este o con aquel testaferro; la adquisición de tales o cuales maquinarias, mercaderías o artículos de necesidad prima; la construcción de esta o de aquella obra pública. Por algo se pone la vida en peligro y por algo se colabora a un régimen tiránico e irresponsable. Si el dictador y los suyos fueron al poder pobres y sin renombre, en el ejercicio de funciones públicas sus conatos se dirigen a reunir dinero, mucho dinero, y no puede ser de otra manera, si se piensa que si no se locupletasen con los recursos fiscales, no tendrían con qué vivir en playas extranjeras después de su infalible caída. De ahí que los dictadores obrando con previsión adquieren fastuosas viviendas o fundos agrícolas en el exterior, depositan en bancos de ultramar gruesas sumas de dólares y compran por intermedio de personas de su confianza valores fiduciarios y acciones de poderosas empresas ferroviarias o navieras. Así, el derrumbe de la tiranía es menos estrepitoso, porque los elementos que la conforman cuentan con crecidos recursos llevados al extranjero de manera clandestina.

Si la prensa de oposición es para el dictador la pesadilla de su diario vivir, los partidos políticos contrarios a su gobierno son los bloques que desearía verlos hecho añicos. Grande sería su satisfacción si en el feudo en que posa su planta no hubiere sino un partido que lo sostenga y loe sus latrocinios y tropelías. Viene aquí como anillo al dedo, la actitud sui géneris de un presidente de Bolivia llamado Toro, que con un simple decreto canceló, anuló y pulverizó todos los partidos políticos, dejando crecer y multiplicarse el "partido socialista" creado por él y animado con dineros extraídos de las arcas nacionales.

América Latina, donde los principios democráticos están todavía en embrión, ostenta dentro de su desenvolvimiento político y social, gran número de caciques, capitanejos y demagogos taimados que invocando reivindicaciones sociales y doctrinas de restauración económica han empujado a sus pueblos al abismo de la guerra civil. Desgraciadamente en muchos países del continente han sido y son militares aviesos cooperados por camarillas de palaciegos, los que se empeñan mayormente porque una dictadura se eternice. Empero, no hay tiranía que dure cien años ni pueblo que la soporte.

Corresponde a los pueblos latinoamericanos reaccionar contra sistemas totalitarios y despotismos criollos que tras sí sólo dejan sangre y lágrimas, odios y venganzas y la más execrable corrupción en el manejo de los negocios públicos. Es un imperativo patriótico para las clases estudiantiles, los hombres representativos y los partidos políticos organizados que oyen los dictados de sus conciencias, combatir, repeler y aplastar toda dictadura civil o militar, aunque para ello haya que hacer correr ríos de sangre. Es preciso comprender, que los pueblos latinoamericanos serán más conscientes, prósperos y felices, sólo cuando la dirección de sus destinos sea confiada a estadistas y no a demagogos o soldados audaces y ambiciosos.

Cual habíamos expresado al comienzo de estas líneas, la dictadura de Morínigo ha concluído, si bien en forma risible y grotesca, pero ha concluído. Ciento cincuenta mil paraguayos que ambulaban en tierras argentinas, brasileñas, bolivianas y uruguayas retornarán a sus hogares después de ocho años de exilio; los políticos, periodistas, catedráticos y estudiantes que purgaban el delito de amar la libertad en campos de concentración ubicados en el Chaco, seguramente que han sido ya despojados de sus grilletes y cadenas; centenares de mujeres y niños habríanse librado de los lanceamientos y martirios a que estaban condenados... Si bien se ha derrumbado una dictadura, infelizmente hay todavía en muchos meridianos de América, dictaduras que es menester eliminar, porque su perpetuidad es un reto a la civilización y a la democracia, a la libertad y a la justicia social y, quienes jamás de los jamases han servido de rodillas a tiranos y caciques de mano fuerte, están en el deber ineludible de denunciar sus viarazas y atropellos ante la faz del mundo.

Luis TERAN GOMEZ.
(Boliviano).

La Paz, Bolivia. Junio de 1948.

Días de Venezuela

III

HACIA DÓNDE VA VENEZUELA?

Por *Juan MARINELLO*

(*Envío del autor*. En La Habana).

En el curso de estas impresiones, que hoy terminan, hemos dicho que la trasmisión de poderes en Venezuela fué un hecho democrático de significación americana. Lo creemos firmemente. Con las insuperables limitaciones impuestas por realidades económicas y hábitos colectivos muy arraigados, los comicios que produjeron a Rómulo Gallegos fueron limpios y honestos. Y el ambiente de libertad que se respira hoy en la patria de Bolívar es, para bien de América, muy otro del que asfixia y mutila a numerosas tierras del Continente.

Un ambiente democrático en Venezuela, si es precioso en sí mismo, supone una singular conquista. No se olvide que la gran nación estuvo por largas décadas agobiada y ofendida por tiranías bárbaras y sangrientas y que es ahora, desde hace muy poco tiempo, que se desperezan y empiezan a marchar sus fuertes potencias aherrojadas. En todo se descubre como un despertar un poco deslumbrado, como un tanteo gozoso y juvenil, como el sorprendido señoreo de una vida sin cadenas.

No es tiempo para hacer un juicio de la Junta de Gobierno que, encabezada por Rómulo Betancourt, sustituyó, de la mano de grupos inquietos y juveniles del Ejército, al Gobierno de Medina. Que su aparición y mando ha supuesto una ampliación de las normas democráticas en Venezuela, me parece innegable; sin que esto signifique estimar intachable la obra política de la Junta.

Los observadores de todos los campos admiten que en el seno de la Junta de Gobierno y del Partido Acción Democrática que hizo triunfar a Gallegos, existieron y existen diversas corrientes y tendencias, que pelean hoy con más fuerza que nunca por primar y regir en la orientación de la política nacional. Para nadie es un secreto que el nuevo Presidente habrá de atender a dos peligros de mucha cuantía: a la ambición de mando de ciertos grupos armados, ensoberbecidos desde el triunfo de octubre, y a las conspiraciones de los viejos amos del país, que sueñan con el retorno, a veces del brazo de tiranos zoológicos como Trujillo, a veces respaldados y financiados por los peores imperialistas estadunidenses.

Pero, sin mirar hacia los espadones ambiciosos ni hacia los lopezcontreristas resentidos, es innegable que el actual gobierno de Venezuela sufre el peligro de ser arrastrado, como tantos gobiernos americanos, por los desfiladeros de una aparente actitud democrática, en verdad de una mortal complacencia a los disfrazados intentos imperialistas del gobierno de los Estados Unidos. La integración real de Acción Democrática, la variedad y contradicción de sus componentes, así lo hacen temer. Por lo pronto, el Presidente saliente, cabeza regidora del Partido, se dejó llevar por la equivocada corriente al declarar en su alocución de despedida que "por razones económicas y geográficas los venezolanos estamos ubicados en el llamado frente del Oeste, y que ningún nexo material o de simpatía ideológica nos acerca al llamado Bloque Oriental". No podemos pedir al señor Betancourt "simpatía ideológica con el Bloque Oriental", ni está por ahí nuestra objeción. Está en la creencia de que la formación del Bloque del Oeste no mira, en América, sino a alinear a las tierras hispanoamericanas en servicio de un enorme poder militar y económico dirigido, no a defender ninguna ideología, aunque ese sea el reiterado pretexto, sino a multiplicar a límites astronómicos sus ilegítimas ganancias.

El discurso de asunción del mando dicho por el señor Gallegos alivió mucho la preocupación dejada en el ánimo de los verdaderos demócratas por el del señor Betancourt. El Presidente entrante se expresó en términos muy francos y limpios, muy en relación y acuerdo con los que dieron relieve al excelente discurso de su Ministro de Estado, señor Andrés Eloy Blanco. En verdad que la definición democrática del ciudadano Presidente de Venezuela fué plausible. No habló de bloques sino de reverencia a la soberanía de todos los países y de mutua justicia internacional; no habló de *simpatías ideológicas* sino de inquebrantable respeto a todas las ideologías honestas y bien dirigidas que en Venezuela se expresen por los cauces legales.

El prestigio nacional del Presidente Gallegos es muy visible. Su vida ha sido honrada y limpia, esforzada y recta. Tiene en su cuenta cívica la partida honrosa de haber estado frente a las tiranías inicuas que ensombrecieron su tierra; posee el mérito singular de haber hecho una obra literaria de quilates muy subidos —*Doña Bárbara, Canaima, Cantaclaro, Pobre Negro*...— toda ella volcada en el dramático interés de mostrar la vida dura y tormentosa del hombre de los llanos enfeudados, de los puertos primitivos, de las montañas endurecedoras. Ha sido maestro, en el sentido más noble y trascendente. Miles de jóvenes le rinden emocionante pleitesía. Y su humanidad sencilla y directa, su adusta hombría criolla —tan cercana de nuestros viejos campesinos orientales— le franquean el camino de la estimación cariñosa. Robusto y saludable, hace tiempo que ha doblado los sesenta y parece que no ha llegalo al medio siglo. Llega a la grave responsabilidad con ánimo y experiencia, con energía y serenidad.

Con perspicacia de novelista, de gran novelista, Rómulo Gallefos se ha dado cuenta de que su llegada a la presidencia de Venezuela plantea una interesante experiencia. Se adelantó a la sospecha de si el buen hombre de letras puede ser buen hombre de gobierno. En la hermosa fiesra ofrecida por él a los escritores americanos que acudieron a su exaltación habló deliciosamente del asunto. Dijo así: "¿Se habrán dado cuenta mis personajes que por mí votaron —alguien lo ha dicho— de que no es lo mismo rematar bien una novela que llevar a buen término un programa de gobierno? ¿Me dará la historia de mi actuación política reputación análoga a la que me han producido mis afortunados libros? Por boca de mi pueblo dice una estrofa:

Eduardo Zamora Ulloa

Es esta la columna miliaria del *Repertorio Americano*.

En ella inscribimos los nombres de los suscritores y amigos que por años, hasta el final de sus días, lo recibieron y lo estimaron.

¡Mantenedores de cultura fueron!

Una Imprenta para REPERTORIO

Este noble propósito del escritor venezolano Aquiles Certad, sigue su curso, en Costa Rica y en América.

Anotamos las últimas contribuciones:

Gabriela Mistral contribuye con $ 10 *dólares*.

Doña Julia Acuña de Somarribas contribuye con ₡ 10.

Seguiremos anotando las nuevas contribuciones que nos lleguen.

El pintar una paloma
es mucha facilidad,
abrirle el pico y que coma,
esa es la dificultad.

Pero yo tengo, además, un hermoso deber que cumplir. Lc he entregado también mi corazón al amoroso cultivo de las letras; ellas me han deparado ratos de felicidad entre los contratiempos y las adversidades inherentes a todo vivir y a ellas les debo mi nombre, mi dignidad y la fortalecedora esperanza de no perecer de manera absoluta cuando se me apague la luz del mundo. Estoy, pues, en la obligación ineludible de hacerle con mi conducta política honor a las letras generosas. ¿No es un hermoso deber?"

Pocas horas antes de dejar la seductora Caracas me fuí al Palacio de Miraflores a decir adiós a mi viejo amigo Rómulo Gallegos. Sin espera ni ceremonia, antes de la hora señalada, se me abrieron las puertas del despacho presidencial. La charla fué larga, cordial, íntima. Recordamos los lejanos días de New York y repasamos el tiempo y sus mudanzas. Pronto la conversación recayó en la responsabilidad tan limpiamente asumida; en las grandes cuestiones que aquejan a Venezuela, a Cuba, a la porción hispánica de América y en los enormes peligros que hemos de encarar.

No rompo secreto al declarar que encontré al Presidente Gallegos muy firme en su decisión democrática; muy dispuesto a mantener, frente a todas las sugestiones interesadas, la vigencia legal de todas las ideologías y partidos políticos; muy respetuoso de todas las naciones, pero muy celoso de la soberanía de la propia. Me habló largamente —yo recordaba capítulos de novelas suyas leídas en la prisión— de las durezas en que vive el campesino venezolano, de las estrecheces del trabajador de las ciudades, de la urgente reforma agraria, de la necesidad de una educación que llegue a todos los rincones del dilatado país, de la industrialización variada que Venezuela exige.

Convino el Presidente en el poder formidable de una postura internacional independiente y digna, sin preferencias ni fobias, regida por la aguja democrática y por el real interés de los pueblos; admitió la gran reserva que es para nuestros países, ante las coyunturas que se anuncian, un movimiento obrero cada día más unido, combatiente por sus legítimas demandas y por el fortalecimiento de una democracia verdadera. Se me mostró previsor y patriota, sagaz y progresista.

En medio de una América agobiada de entreguismos de *palo y palique*: de palo, como en Trujillo; de palique, como en Haya de la Torre, Venezuela, con su nuevo Presidente a la cabeza, debe ser una gran vía de esperanza y de triunfo. Todos los demócratas de América quieren un Gallegos sin sectarismo ni parcialidades, sin tibiezas en la defensa de la economía y de la libertad de su gran nación, que es un poco de todos los americanos. Ese fué el gobernante que vi y sentí a mi salida de Caracas. ¡Que triunfe de los enemigos lejanos; pero también de los domésticos, de los que imaginan ganar su bondad nativa para vulgares encumbramientos! Así ha de ser, así será.

En el abrazo de la despedida se me ocurrió aludir a las palabras de la copla: —Me llevo la seguridad, Presidente, de que cuando vuelva a Caracas, usted habrá dado de comer mucho a la paloma venezolana... Pero no olvide que andan por aquí cerca los que ayudan a los poderosos que, desde afuera, le cortan la ración...

El Presidente sonrió comprensivo. —Tenga la seguridad de que así será, me respondió. Toda la América lo espera. Toda la América que quiere ver en Rómulo Gallegos un trascendente Santos Luzardo curando de una vez las mataduras de Juan el Veguero. Toda la América lo espera.

---

definiciones artificiosas de las "razas", por sus caracteres somáticos y otros intentos de clasificación "científica", sabemos que el alma tiene su pigmentación como la piel. Que hay almas blancas y que hay almas negras. Híbridos, por mestizaje intelectual y aviesa intención, resultaron, en todo caso, algunos historiadores de ambas márgenes del Plata, que de él se ocuparon. Después de todo, el alma criolla —y en esto coincidimos con el mismo autor— es un río de metal en fusión. Puede el artista, al vaciarla en sus moldes prestarle la suprema belleza que no vieron los siglos. La europea, por el contrario, es "una estatua fundida en sólido, inconmovible metal".

Sin serlo originalmente nuestro Caudillo, lo siguieron los gauchos. No lo fué por la raza, sino por el destino. Hizo la gimnasia del desierto para ser libertador y civilizador según la expresión lugoniana. Pero el gaucho pasó. Producto embrionario y, a veces, un óbice a la evolución de la cultura, resulta luego víctima de la crueldad del progreso. Otros, como el populacho rosista de las campañas o los arrabales urbanos, exigían, por adelantado prebendas o ración de sangre. Eterno sacrificado, no siempre a un destino superior, el gaucho nuestro. Pospuesto, por último, al inmigrante, tan sólo se le dió, en pago a su sacrificio, *penurias, miserias y exterminio*. El genial exégeta reclama el bronce para el hijo de la pampa, es decir, la carne heroica que ha de guardar su espíritu. *Porque ha muerto bien. Porque era un hombre.*

Las generaciones posteriores a la gesta; el pueblo libertado por su esfuerzo y su instinto fecundo, ya lo habían esculpido en el infinito espacio de su emoción y de su gratitud. Debe internarse el artista en el piélago anhelante de la imaginación popular, donde ha enraizado el numen y de cuyo fondo extraerá el aliento de bronce y la sustancia misteriosa de su propia creación; el sentido del paisaje y el sentido entrañable de la forma. Estará bien ese símbolo del pueblo gaucho en la ciudad-capital. Más alto que la perspectiva urbana, el miraje del horizonte nativo, Suelo y raza; pilastras de roca, sobre las que se apoya la personalidad del Caudillo. Y así, por sobre el murmullo de las multitudes jadeantes, que arroja la vida moderna al seno de las ciudades tentaculares, ha de privar en la imaginación del artista, vasto y luminoso pedestal, la visión del paisaje con su airón de cuchillas.

Gral. Rivera...

(Viene de la pág. 40)

cordado al joven oficial artiguista, de apuesta figura, que describe Larrañaga. José María Muñoz, que militara en el campo político adverso, le atribuyó por sus maneras mundanas, por su cortesía y por su ingenio, las condiciones "de un hombre de salón, a quien él había visto desempeñarse, irreprochable, en tertulia de diplomáticos en los días de la defensa de Montevideo". Escribe el Caudillo, largo y tendido, en 1828, a Lucas Obes. Sorprende la epístola cuando, en medio al cúmulo de los comentarios circunstanciales, referidos a la campaña de las Misiones, alude, con verdadera enjundia crítica, a la actitud de las potencias europeas frente a los problemas de actualidad internacional. Esboza un paralelo entre los principios de uno y otro Continente y señala, con aguda perspicacia, las barreras que la Europa pretende oponer al "contagio de la democracia americana, atravesando los mares".

No resulta dudosa, pues, la afirmación de que el Caudillo se hubiera familiarizado con el "Contrato Social", y otras obras en boga en la época de sus campañas militares.

Tal como aparece en la famosa litografía de Fermepin, llevaba en las ceremonias oficiales y diplomáticas, con severa prestancia, el gran uniforme, con charreteras y laureles en oro.

Destaca Montero Bustamante, en su magnífica Semblanza, cómo lo rodeaban entonces los hombres de letras, magnates, personalidades y damas, a quienes encantaba su trato. "Su aspecto era decoroso y reflexivo; su voz sonora y digna de un hombre de Estado, dice el General Paz en sus Memorias. De los *humildes ranchos campesinos*, pasaba, con singular soltura a *las opulentas mansiones;* y dormía lo mismo en la mullida cama de la casa patricia que sobre los cojinillos del recado o sobre el suelo duro".

Por exigencias de la adaptación integral a la vida del campo y a la mentalidad de sus moradores, se hizo gaucho Rivera. Para servir, con mayor eficacia, a sus ideales de libertador. Difícil es hablar a los Sanchos, y más aún hablar a los bachilleres. Lo mejor es tener por oyentes a "cabreros", hechos y acostumbrados a oír las voces de los campos y de los montes". Así piensa Unamuno, internándose en la vida del Quijote. Mulato, le llama Carlos Octavio Bunge, en un paralelo, que pretende ser morfológico, con Santa Cruz, éste sí, mestizo aymará. No nos preocupa el dato, erróneo o malicioso. Por arriba de las

REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

EDITOR
J. García Monge
Teléfono 3754
Correos: Letra X
En Costa Rica:
Sus. mensual ₡ 2.00

..."y concebí una federación de ideas," — E. Mía de Hostos.

El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás. — José Martí.

EXTERIOR:
Suscrición anual:
$ 5 dólares
Giro bancario
sobre Nueva York

NOTICIA DE LIBROS

Indice y registro de los impresos que nos remiten los Autores, las Casas editoras y los Centros de Cultura.

Otros folletos útiles y oportunos que nos llegan:

Como edición de la Oficina de Cooperación Intelectual, en la Unión Panamericana, Washington, D. C.:

El Continente de la Esperanza. Unidad de trabajo. Por los doctores Ana Echegoyen y Calixto Suárez.

Para fomentar en las escuelas, en forma sólida y organizada, los ideales de solidaridad y amistad continentales.

El folleto recomienda la obra completa de los mismos autores:

La unidad de trabajo y el programa. 575 páginas. Publicada en 1945 en La Habana.

*

Como atención del autor, que mucho le agradecemos: *Whitman y el anti-modernismo.*

El profesor Englekirk lo es de la Universidad de Tulane, en New Orleans, La.

Si el autor nos lo permite, hemos de reproducir este interesante estudio en estos cuadernos.

*

Atención del autor:

Etica y estética en la danza. Por David N. Arce. México. 1948.

Es una versión taquigráfica de una conferencia sustentada en la Escuela de Danza de Morelia, Michoacán, en junio de 1947.

También la reproduciríamos, si el autor nos lo permite; es muy interesante.

Con el autor: Elíseo 38-23. México, D. F.

*

Por el Instituto Guatemalteco de Seguridad Social, una entidad autónoma:

Reglamento sobre protección relativa a Accidentes de Trabajo. 1948.

*

Como Suplemento del *Boletín Indigenista* de México, D. F.

Acta final del Primer Congreso Indigenista Interamericano celebrado en Patzcuaro (México, abril de 1940).

Resoluciones, Conclusiones, Declaraciones, Acuerdos, Proposiciones y Recomendaciones.

*

Como ediciones de *Saker-Ti,* en Guatemala, Centro América, 1947:

Humberto Alvarado: *Sombras de sal.*

Es un poemario. Atención del autor.

*

Grupo *Saker-Ti*: *Siete afirmaciones.*

Es un grupo de Estudiantes y Obreros jóvenes de Guatemala.

Una de las afirmaciones:

América indígena tiene el deber imperativo de ser la síntesis de los valores humanos para orientar la brújula de la cultura universal y salvar los antagonismos del mundo.

Conviene conservar y releer este folleto, para explicárselo bien.

*

Como órgano de este Grupo de artistas y escritores jóvenes de Guatemala se publica la Revista de Poesía y Letras titulada: *Saker-Ti.* Hemos recibido el Nº 3 del Año II.

Señas: 12 Av. Norte Nº 22. Guatemala. Rep. de Guatemala.

*

Ha llegado a esta ciudad el Nº 7 del Vol. III de *Realidad,* una excelente Revista de Ideas que se publica en Buenos Aires. Muy buenas firmas europeas y americanas acreditan los escritos.

*

Realidad es bimestral y lo decimos todo en lo que vale, con decir que la dirige el insigne filósofo argentino Francisco Romero y entre los consejeros figuran valores argentinos y españoles como Amado Alonso, Lorenzo Luzurriaga, Eduardo Mallea, E. Martínez Estrada, José Luis Romero y Guillermo de Torre, por no citarlos a todos, que lo merecen, por supuesto.

———

Dr. Vicente Dávila: *Rincones Mexicanos.* México 1947.

Los viajeros que tengan algún interés por las ruinas, monumentos, volcanes, lagos y en general por los paisajes de belleza natural, encontrarán campo abierto al conocer la nación mexicana.

Los datos que se encuentran aquí son personales, como que los vió y midió el autor con ayuda de sus hijos, que desde chicos viajan con él por las rutas de América.

Se trata de un libro medular en sus observaciones y compuesto con suma destreza.

Señas del autor: 861 South Bronson Av. Los Angeles 5, California, U. S. A.

Cartas de aplauso.

(En el *Rep. Amer.*)

San José, junio de 1948.

Señor Lic.
Marco Tulio Zeledón.

Mi distinguido colega y amigo:

Usted ha colmado sus deferencias para conmigo con una nueva. El valioso obsequio de su publicación reciente, *El Recurso de Inconstitucionalidad,* que he recibido nítidamente editado y con fina dedicatoria, propia de los sentimientos de lealtad que forman parte de su naturaleza. Es una obra jurídica llamada a abrir una amplia brecha en la vía de las reformas constitucionales. Del estudio de la naturaleza y antecedentes históricos sobre la materia del libro —campo específicamente teórico— parte usted hasta alcanzar, después de una clarísima exposición de antecedentes, la nueva fórmula, encaminada a modernizar el sistema nacional, y a colocar este sistema, en puesto de avanzada.

Y todo ello se realiza en marco apropiado, por la diafanidad que resplandece en la parte exclusivamente formal, o sea, la de la de la expresión.

Reciba usted un aplauso muy efusivo de mi parte. Usted se destaca ya, entre las nuevas generaciones, como un brillante constitucionalista. Ayer, supo usted demostrar su preparación y tino como Profesor de Educación Cívica en las aulas del Liceo de Costa Rica; y sirvió esa cátedra, contando en todo momento con el respeto y afecto de los alumnos. Ahora, con la publicación a que me refiero en esta carta, agregada a las anteriores, pone usted de relieve las facultades de análisis y de método con que ha logrado perpetuar lecciones y consejos expuestos en las aulas, en las páginas del libro, cátedra por no pocos aspectos más sustantiva que la otra.

Cordialmente le envía un efusivo aplauso su agradecido amigo y servidor afmo.,

A. AGUILAR MACHADO.

*

San José, junio de 1948.

Señor don Luis Villaronga.
San Juan, Puerto Rico.

Mi admirado escritor y querido amigo:

Ayer, en uno de los sitios más pintorescos de América, altura de la Meseta Central de este país, desde la cual se columbra en la brillante lejanía del horizonte, el océano Pacífico, leí, con mi compañera, el último libro suyo, que acabo de recibir. Ella, espíritu selecto, que ha sabido encontrar en la soledad los mismos poderes cósmicos y divinos, que usted analiza, con pinceladas maravillosas, sintióse estremecida de emoción. Y yo, que vine a este valle de lágrimas con la inquietud de los paisajes y el más profundo amor por la naturaleza, compartí aquella emoción. Nuestras dos almas se unificaron al conjuro de sus frases, convertidas en el más puro de los ritos, ante el ara eterna de un trozo de paisaje americano digno de albergar a la divinidad misma. En este libro a que me refiero, usted se ha revelado como el cronista profundo, exquisito, de la inimitable sinfonía de Dios que se descompone en los colores y elementos y formas de nuestras privilegiadas tierras.

El maestro García Monge publica con frecuencia en *Repertorio Americano* lindos artículos suyos.

Usted sabe que le admira y quiere, su amigo agradecido y servidor atento,

Alejandro AGUILAR MACHADO.